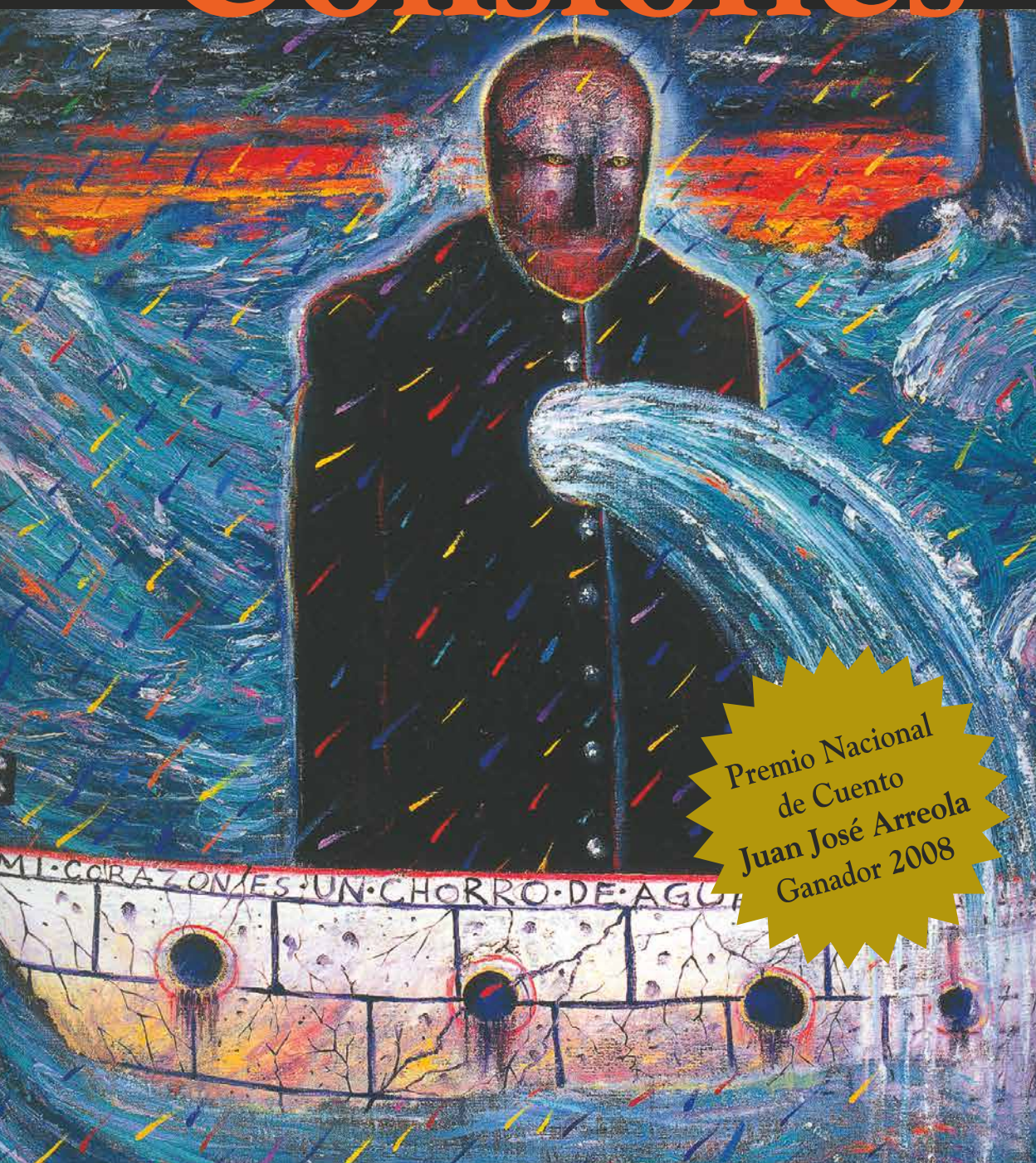


Luis Miguel Estrada Orozco

Colisiones



Premio Nacional
de Cuento
Juan José Arreola
Ganador 2008

Colisiones

Luis Miguel Estrada Orozco

Colisiones

Luis Miguel Estrada Orozco



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Universidad
de Guadalajara



Rectoría General

Marco Antonio Cortés Guardado

Vicerrectoría Ejecutiva

Miguel Ángel Navarro Navarro

Secretaría General

José Alfredo Peña Ramos

**Rectoría del Centro
Universitario del Sur**

Adolfo Espinoza de los Monteros Cárdenas

**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

Jesús Arroyo Alejandre

Corporativo de Empresas Universitarias

José Antonio Ibarra Cervantes

Dirección de la Editorial Universitaria

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas

Coordinación Editorial

Sayri Karp Mitastein

© 2008, Luis Miguel Estrada Orozco

Primera edición, 2008

D.R. © 2008, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria

José Bonifacio Andrada 2679
Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

ISBN 978 60 450 020 2

**Imagen de portada
Alejandro Colunga**

"Mi corazón es un chorro de agua", 1991
óleo sobre lino, 165 x 125 cm
colección particular

ESTRADA OROZCO, Luis Miguel
Colisiones/ Luis Miguel Estrada Orozco. 1ª ed.
Guadalajara, Jal. : Editorial Universitaria, 2008.
104 pp. ; 22.8 cm. (Colección -----)
ISBN 978 607 450 020 2
1.Literatura. 2. Jalisco

863.ZAR

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México / Made in Mexico

Índice

| | |
|----|--|
| 9 | Presentación |
| 11 | Ahí viene la plaga |
| 22 | Coger el humo |
| 31 | *** |
| 35 | Buscar buscar |
| 37 | Batintín el Cantarrecio, Miguelito el Molinero |
| 50 | Tiempos duros |
| 63 | Mathus toca una guitarra gibson |
| 81 | Porque son muchos |
| 93 | <i>Eritis sicut deus</i> |
| 95 | Ga soluciona un problema de lenguaje |

Presentación

El Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola nace como una forma de rendir homenaje a la memoria y trabajo literario de este escritor originario de Ciudad Guzmán Jalisco, además de la necesidad de convocar desde su tierra natal un premio de primer nivel, en uno de los más importantes géneros literarios: el cuento.

La Universidad de Guadalajara a través del Centro Universitario del Sur y la Coordinación General de Extensión fundó el Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola, con la finalidad de estimular el trabajo creativo de los cuentistas del país. El Concurso ha ido creciendo a lo largo de estos siete años en participantes y en el monto económico. En la actualidad consiste en cincuenta mil pesos que se le entregan al ganador en Ciudad Guzmán en septiembre, en la semana de festejos del natalicio de J.J. Arreola. Además de la publicación de la obra que se presenta en diciembre en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

El jurado se constituye por tres escritores de renombre mundial, lo cual avala la seriedad del Concurso que está abierto para obras inéditas de mexicanos, de dieciocho a cuarenta años, radicados en México.

Ahí viene la plaga

Cuando las hormigas comenzaron a multiplicarse e hicieron su descendencia numerosa como las estrellas, nadie se inmutó. Yo mismo, acostumbrado a vivir junto a un lote baldío que reverdecía cada época de lluvias sin importar lo que hicieran las hoces furiosas de los jardineros y los fríos atroces del invierno, vi sin el menor apuro miles de puntos negros asaltar mi cocina más de una vez. Tal pareciera que durante aquel año las comas de todos los libros impresos hasta la fecha hubieran saltado fuera de las páginas y, con sus extremidades recién adheridas a sus negros cuerpecitos, se hubieran aliado con puntos suspensivos, puntos y comas, dobles puntos, puntos a secas, diéresis y otras tildes para formar el batallón del fin del mundo. Nosotros, me refiero a nosotros los mexicanos, no hicimos caso a la crisis que se gestaba en nuestros patios y en nuestros cestos de basura, junto a nuestros alimentos diarios y alrededor de nuestros graneros. No fuimos los únicos, de eso estamos seguros. Conforme pasaron los meses y la invasión de las laboriosas colonizadores adquirió tintes de profecía bíblica, focos rojos en diversas naciones comenzaron a aparecer, a la par que la nuestra se volvía el caótico hervidero de patitas dispuestas a conquistar la tierra perdida por años de civilización, y de patotas correlonas que no podían acabar con la plaga pisoteándola de cuando en cuando ni alejarla rayando puertas y dinteles con gis chino.

Yo veía la televisión a mediodía, después de no sé qué pleito con Paulina, y algo se comentó respecto a una plaga de hormigas. En ese momento yo estaba convencido de que si algo era televisado tenía que haber sido forzosamente tergiversado, entonces ponía muy poca atención a la televisión, pero la veía constantemente en espera de que su sintonía dispersara el ruido en mi cabeza y me ayudara a escuchar sólo mis buenas ideas. No recuerdo el cómo ni el por qué de la nota. Recuerdo, sin embargo, que algo tenía que ver con comida o cosechas; lo que me fue imposible olvidar fue el dónde: Todo el sureste del país, región propensa a albergar vida, a hacer crecer frutas en las orillas de los caminos rurales y a ser poco escuchada cuando las broncas saltan, fue el primer punto donde las hormigas atacaron.

Pero estoy sonando amarillista. Las hormigas no atacaron a nadie. Ahí estaban sencillamente antes que la raza humana, y de pronto quisieron recuperar su lugar en el mundo. No lo sé, quizás en alguna época antediluviana, las hormigas fueron la raza superior de este planeta. Durante miles de años nos vieron evolucionar y repartirnos las jerarquías de nuestras torpes tribus en base al compadrazgo y los chingadazos. Burlándose desde su organización perfecta, tal vez se cansaron de esperar bajo la tierra a que las sobras de comida se cayeran de la mesa y, sin más, salieron todas juntas dispuestas a comer, reproducirse y crecer. No fueron una invasión caótica. Su éxito sobre nosotros se basó en su orden, en su coexistencia perfectamente sincronizada. Tantos expertos dieron su opinión al respecto, pero todos llegaron a una misma conclusión: lo que nosotros tuvimos en desventaja fue el pinche caos, sólo eso. Nuestra superioridad tecnológica y física no fue rival para nuestra ineptitud e incapacidad de coexistencia. El problema de las hormigas nos atacó y nos comimos entre nosotros antes de que ellas

nos empezaran a devorar con sus mandíbulas diminutas de titánica fuerza o nos dejaran sin alimentos.

«Hay una plaga de hormigas», le dije a Paulina antes de que ella saliera al súper. «Con DDT se libra uno de ellas. O cerrando las bolsas de basura. En cambio, de pendejos como tú no hay modo de zafarse.» Apagué la tele y no la volví a encender en varios días. El comentario tenía razón, pero ella no tenía derecho. Yo me había tropezado por azar con un amor de mi adolescencia y ella no toleró que reavivara fuegos de mi pasado. Paulina regresó del súper sin haber comprado nada, y esa semana la pasamos sin comida. Ella llegaba a la casa únicamente a dormir y yo, desde mi campamento de desterrado montado en la sala, no encontraba cómo hacerla volver a mi lado.

Las semanas pasaron rápidas desde esa primera noticia. Lo siguiente que supe de mi mujer fue que me había abandonado. Desperté y no la encontré: había ido a casa de su madre. Invariablemente lo hacía cuando estábamos en dificultades, así que ni siquiera dudé sobre su paradero cuando me levanté del sofá y la fui a buscar a la que algún día fue nuestra habitación. Hablé por teléfono con ella más tarde y estuvimos de acuerdo en que se quedara allí tres días hasta que su mente anegada en dudas, sólo dudas tiene una mujer, se aclarara por completo.

Al encontrarme solo y con el refrigerador vacío, hice lo único que puede hacer un cantor de bar en bar cuando se encuentra en una situación de abandono y desespero: compré provisiones para tres días y me atrincheré en la habitación tal como lo dictaban las normas militares de mi guerrilla sentimental: yacía sobre la cama, guitarra en mano, con una libreta y un bolígrafo prestos a atrapar la inspiración que no tardaría en traerme una tonada triste y mala; junto a mí se encontraban mis apuntes de la abandonada escuela

de música con mil acordes comentados, para evitar que la musa se escapara si acaso la nota buscada no estaba entre mis recuerdos; frente a mí, estaba mi televisor de veintinueve pulgadas (que me producía un contradictorio orgullo, pues mi única posesión de valor era una máquina, a mi ver, de mentiras) y, junto a la cama, estaban las provisiones que mis últimos doscientos cincuenta pesos me compraron: dos botellas de ron blanco, una Coca Cola de dos litros y las papas fritas más grandes que encontré.

En mi segundo día de trinchera, la inspiración se mantenía ausente, así que encendí la televisión y me encontré con que el mundo había cambiado desde la última vez que la encendí. Había noticias en todos los canales acerca de la hambruna que desmadraba los países menos agraciados por las deidades de la economía de mercado. Las hormigas se comían cuanto hallaban a su paso en Etiopía, Mozambique, Ruanda y Senegal. La noticia me pareció de pronto un eco de algo que había escuchado ya, y tuve que abandonar mi puesto de mando (que se había quedado sin una sola borona de papas fritas gracias al hambre de mi cruda de esa mañana) para corroborar mis dudas. Fui a recoger, vestido con tan sólo *boxers* y playera, los periódicos atrasados que estaban en la puerta de mi casa. Al leer los titulares, agradecí la necesidad de Paulina que nos había mantenido suscritos por lo menos a un diario mediocre. Ahí estaba, frente a mí, la plaga gestándose y explotando en nuestras narices.

Al parecer, los países africanos no eran los únicos afectados. Leyendo los periódicos, me di cuenta de que alarmas similares habían surgido alrededor del mundo entero. «África sin alimento. Plaga de hormigas arrasa cosechas». «Vietnam y Laos en alerta debido a infestación de hormigas». Todo seguía así. Entonces, recordé que el mundo nunca está tan lejos y, mientras me frotaba los pies descal-

zos uno contra otro víctima de cosquilleos, seguía leyendo los periódicos y aún buscaba en su interior noticias de lugares más cercanos.

Nicaragua y Bolivia sufrían suertes similares a la de aquellos países tan alejados. Pero la cosa no paraba ahí: también México se caía en pedazos gracias a que las hormigas se comían todo el pegamento con que habíamos unido nuestra frágil realidad. «Oaxaca, Guerrero y Michoacán se suman a la emergencia por la plaga.» Así me di cuenta de que el sureste sólo fue el inicio. Ya estaba el centro en problemas también y no había forma de pararlos. Traté de seguir leyendo, pero el cosquilleo en mis piernas se había extendido hasta por debajo de mi ropa interior. Al mirar hacia mi cuerpo cosquilleante, solté un grito: las hormigas me invadían. Miles y miles de ellas buscando alimentarse de mis pantorrillas, muslos y entrepierna. Asustado, las golpeé con los periódicos que aún sostenía y corrí hacia la regadera para quitarme La Plaga que me comía vivo.

Hasta donde daba la información en diarios, radio y televisión, nadie estaba seguro de por qué las hormigas se habían multiplicado ni de cómo se habían vuelto tan agresivas. Recordé mis días viéndola comerse migajitas de pan que se quedaban en la cocina, y me juzgué tan estúpido por no haber vislumbrado el problema crecer en mi propia cocina. Quizás con DDT o cerrando las bolsas de basura habría logrado contribuir un poco a salvar a la raza humana. No lo sé.

Alguna dependencia de gobierno de esas que tienen nombres largos y necesariamente burocráticos (esto es, el nombre dice mucho pero allí nadie hace nada) había sido cargada con la responsabilidad aquí en México. Cada país lidiaba con el problema a su modo, con sus instituciones. En México se hacía lo que mejor se sabe hacer: se hablaba de

cifras que nadie podía comprobar, se culpaba a instituciones que culpaban a instituciones que se quejaban con poderes del Estado que reclamaban a un presidente que estaba de gira en Europa y quien pedía calma por televisión desde una *suite* en Roma. Nadie daba respuestas, pero todos se quejaban. Había organismos burocráticos que supuestamente habían sido creados para contener y solucionar crisis de esta índole y otras aún más macabras, pero estaban plagados de gente poco calificada que sólo sabía llenar formatos, cobrar multas, hacer oficios y perrear su hueso en los cambios de administración de partidos. Nadie esperaba que el fin del mundo viniera a través de las hormigas, nadie les hizo caso jamás, ni siquiera cuando comenzaron a reclamar a gritos su lugar en el mundo. Mientras las hormigas crecían y se multiplicaban, la gente las ignoraba y las mataba de un pisotón o las bañaba con insecticida y otros productos de ocasión, que sólo retrasaban la invasión inevitable. Nadie se ocupaba de levantar la basura ni de lavar sus platos sucios, mucho menos de cuidar graneros y cosechas. Ni siquiera supimos jamás la causa original de su existencia, sólo tratamos de evitar que nos aniquilaran.

Mientras la crisis se comenzó a agravar, la gente pedía a gritos una solución. Olas de violencia en contra de las instituciones que deberían de haber lidiado con el problema de raíz, se desataron. La gente olvidaba, sin embargo, que las instituciones están hechas de personas. Allí, en esas oficinas a donde una turba lanzaba bombas molotov, se encontraba el primo hermano de un señor cuyas cosechas estaban siendo devoradas por hormigas. El que lanzaba las bombas, el que las recibía, quien perdía cosechas y todos los que veíamos la tele o leíamos los periódicos nos quedábamos maravillados por la magnitud del problema y cuestionábamos las acciones de todos los demás. Veíamos la tele y decíamos «Cómo es pendejo ese señor, de veras que es malo», pero se nos olvi-

dó que en la vida real no hay buenos ni malos, y que aún los más malos son vecinos de los buenos. Perdimos de vista el problema y nos concentramos en tantos altercados, manifestaciones, opiniones encontradas y polémica mediatizada.

Los países de mayor adelanto tecnológico tenían maneras poco innovadoras de lidiar con la plaga. Cerraron las fronteras a todo aquello que proviniera de países con el problema. «A todo aquello» significó desde alimentos, donde las hormigas exploradoras se escondían fácilmente, hasta personas y productos de todo tipo. Eran increíbles los recovecos donde las hormigas se ocultaban para esparcirse por el mundo. Machos y hembras alados copulaban por encima de cualquier frontera y esparcían así la plaga y creaban nuevas colonias perfectamente organizadas que lanzaban millones de obreras a masticar todo lo que se cruzara en su camino. Los muros, entonces, tuvieron que pasar de ser solamente económicos y diplomáticos. Hubo que levantar controles físicos en las fronteras donde la gente era constantemente rociada con insecticidas, y las tierras y aire fronterizos eran envenenados con productos químicos que formaban una barrera supuestamente infranqueable para las hormigas que ya habían empezado a devorar ganados, vagabundos y animales callejeros.

Los países no fueron los únicos que se dividieron en ricos y pobres. Repitiendo nuestros fallos en otras dimensiones, las ciudades mismas se dividían de igual manera: las élites de clase alta y los clasemedieros que podían se encerraban a cal y canto con reservas alimenticias que siempre terminaban por ser devoradas por oleadas de hormigas, que hallaban en nuestra ingenuidad el modo de hacer prevalecer su disciplina. Gente pobre pedía limosna de comida en sus puertas, pero eran repelidos por cubetazos de agua helada o vajillas importadas lanzadas desde las ventanas. La violen-

cia cobró su cuota y las lujosas viviendas fueron allanadas e incendiadas en reclamo.

Las hormigas explotaron en la cara de todos. En poco tiempo nos trajeron el infierno a las puertas de las casas. El campo, donde abunda (o debería abundar) la comida, recibió los golpes más tempraneros. En las ciudades la cosa era menos grave, pero eso fue sólo hasta que el alimento en el campo se acabó, y entonces las ciudades fueron golpeadas con mayor fuerza aún, pues enfrentaron simultáneamente hambre, furia y desesperación. Las hormigas se acabaron la comida y azotaron las ciudades, se comieron el plástico de los aislantes eléctricos, lo que ocasionó cortos y explosiones por fugas de gas, y así nos regresaron a una era primitiva que hizo que se desbordaran los instintos. Dividieron al padre contra el hijo. No trajeron la paz, sino la espada.

Para cuando el pandemónium se encontraba en su apogeo, Paulina ya había regresado a mí. Ella fue la primera persona que me comentó de viva voz de un caso de asesinato a manos (o a patas y mandíbulas) de las hormigas. Su madre, según me dijo, se quedó dormida una tarde mientras Paulina salía a buscar cualquier cosa para comer, que ya escaseaba alarmantemente. La avaricia de mi suegra fue su fin, pues en cuanto Paulina salió, la matriarca sacó de entre sus ropas una dona de chocolate envuelta en plástico que engulló de un bocado y que le dejó un recuerdo de dulce en los dedos. Las hormigas se acercaron atraídas por el chocolate que había impregnado los dedos de mi suegra, y esto las llevó a probar la carne humana y no se detuvieron hasta que la devoraron hasta los huesos. El proceso debió llevarles algo así como una hora, porque cuando Paulina volvió sólo encontró los restos de su madre. Sin darle el menor tiempo al luto, olvidó el problema que nos había separado y huyó de vuelta a mí. Encontró la casa, para su sorpresa, libre de hor-

migas; sin embargo, me encontró borracho. A pesar de este detalle, se sintió feliz de hallarme en una pieza. Dado lo prolongado de su ausencia, todo resto de alimento en la casa había sido consumido por mi persona. Las noches (muchas, pero muchas más de tres) que me dejó, me la pasé emborrachándome furiosamente en los bares en los que tocaba notas tristes sobre mi abandono. Mientras yo cantaba, los clientes cada vez más escasos se aporreaban los rostros y los cuerpos buscando sacudirse las hormigas. Para cuando los bares y muchos negocios más comenzaron a cerrar, la gente tenía marcas de mordidas de hormiga en todo el cuerpo. Aparentemente la bendición de mis malos hábitos fueron mi salvación en el momento en que las hormigas comenzaron a alimentarse de humanos: comía fuera, no mantenía alimentos en mi casa y siempre, pero siempre, estaba empapado en alcohol y envuelto en humo de tabaco.

En México y el resto del mundo no había suficiente comida para mantener humanos y hormigas. Los países europeos, los Estados Unidos y las economías asiáticas seguían firmes en sus mecanismos de control. Así que, mientras nosotros aprendimos a no dejarnos comer por las hormigas y a tostar a cuantas fuera posible para comer cuando no había nada más, los países del primer mundo tuvieron que lidiar con un problema aún mayor: generaron súper hormigas en las franjas fronterizas donde se habían establecido los bloques químicos. De buenas a primeras a estas hormigas a prueba de balas les valieron madres todos los insecticidas y químicos del mundo. Veloces y feroces mutaciones genéticas las proyectaron con una furia total hacia el interior de las superpotencias. No se imaginaron que a base de controles tan rígidos estaban formando enemigos tan furiosos. Confiados en su fuerza y su tecnología, no imaginaron que el enemigo (chiquito, pero numerosísimo y vuelto feroz por

sus propias manos) se les subiría a las barbas por el primer hueco que dejaran. En estos países la muerte y la devastación superaron todo el horror que ya se había visto en el resto del globo.

El mundo se cayó en pedazos. Es imposible para mí, triste cantautor, describir a profundidad el caos que se generó con las hormigas. Gradualmente todo el mundo se dio cuenta de que estaba conectado con todo el mundo. A través de los cierres fronterizos, las economías mundiales se vinieron al suelo; con el caos social y los reclamos al gobierno, esa figura paternalista que la gente espera que resuelva todo, se perdió la oportunidad de llegar a una solución y se fracturó la sociedad hasta casi olvidar el concepto de «país» o «compatriota»; sin embargo, con el hambre y la destrucción de la civilización, aprendimos a vivir en un mundo que ya nos era ajeno.

No voy a mentir. Los primeros años después del fin del mundo todos extrañábamos la electricidad, la luz, la comida de microondas o a algún pariente que las hormigas se habían comido, por no mencionar a los millones que habían muerto por el hambre, el crimen, la violencia y los disturbios. Cuando el fin del mundo terminó, no estuvo Dios presente para juzgar a los que quedamos. Mucha gente se quedó mirando hacia el oriente en espera de encontrar a la deidad de sus sueños envuelta en fuego o en luz blanca dispuesta a cumplir los designios bíblicos o coránicos, pero sólo hubo el espectáculo siempre feliz de un amanecer en calma. La gente se miró las caras confundidas y decidió seguir viviendo.

Las hormigas, por su parte, conscientes de que eran demasiadas y la comida no iba a alcanzar, se pusieron en huelga de pierna cruzada y todas las reinas de todas las colonias evitaron desovar hasta que sus números se establecieron en un óptimo de población. En vista de que era seguro tener

bebés de nuevo, pues ya no peligraban sus vidas debido al hambre de las hormigas, la gente volvió a hacer el amor.

Paulina y yo nos abstuvimos de traer críos al mundo hasta nuevo aviso, debido al miedo que crecía dentro de mí al ver a mis congéneres reorganizarse después de haber sobrevivido a las bestiecitas del Armagedón. De pronto, la gente había recobrado la calma y en nuestra nueva vida, que era una extraña mezcla entre la época de las cavernas y un apagón, algo me decía que la cosa no marchaba. Con la nueva calma, la gente buscaba frenéticamente la reconstrucción del mundo perdido. Tener bebés era cosa de generar mano de obra para las reconstrucciones venideras. Se convocaban a elecciones en las nuevas tribus y la comida se racionaba de acuerdo a las jerarquías de reciente creación establecidas a fuerza del chingadazo y el compadrazgo. Nuestra terca, estúpida naturaleza no murió con la civilización que mataron las hormigas. Algo sobrevivió, algo durmió dentro de nosotros como mucho tiempo durmieron las hormigas dentro de la tierra. Y ese algo quería despertar.

Mis canciones se avocaron entonces a estos temas, ante el descontento de los líderes autoproclamados. La historia de mi tribu nunca lo contará, pero soy el primer caso de un asesinato por motivos políticos desde el fin del mundo. Ya al guardar la guitarra en el estuche y quedarme sin un lugar para cantar en la fogata de las noches, presentí la desgracia de mi muerte por garrotazo y las manos de Paulina descubriendo mi cadáver. También recordé sus palabras de que alguna vez fueron burla, pero ahora eran profecía vuelta realidad: «Con DDT se libra uno de ellas. O cerrando las bolsas de basura. En cambio de pendejos como tú (como nosotros), no hay modo de zafarse».

Coger el humo

—¿Qué puede platicarnos sobre sus inicios? ¿Cómo descubrió su arte y por qué decidió hacerlo su forma de vida?

El entrevistado guarda un silencio casi absoluto. A través de los silbidos de su garganta destruida y sus pulmones alquitranados, habla toda una vida dedicada a las figuras inasibles que hace bailar y contorsionarse animadas por el insuflado de la vida de sus labios amarillos hasta darles una forma exacta que sólo dura unos momentos. El ritual preparativo lleva desde unos minutos hasta varias horas (asegura tener una figura que tardará en formarse tres días cuando termine de perfeccionarla), pero cada escultura tiene el mismo destino una vez que el arte llega al clímax: dos segundos en los cuales se vislumbra una silueta, hace una mueca el aire que le sonríe, feliz, asombrado, cómplice y complacido, al humo. El hombre es hermosura atípica y escándalo, es icono de enfermedad, de muerte y de belleza. El hombre es un artista.

—Empecé como escultor hasta ya entrados los veintes. Toda mi vida antes de eso fue preparación, pero no lo sabía todavía. Ahora mismo llevo diecisiete años entregado a esta vida nueva y estoy por alcanzar la cima, el último reto, la mayor figura.

—Sobre esto hablaremos más adelante, pero antes, ¿dónde encuentra usted el germen de su arte? ¿Es arte lo que hace?

—¿Es arte la escultura en hielo? ¿Lo son los castillos de arena? ¿Y las figuras hechas con fichas de dominó que se

golpean las espaldas una tras otra, comunicando el mensaje de creación y de belleza de quien las acomodó una a la otra? Todo lo anterior puede ser arte o no. ¿Usted puede decir qué no lo es?

Como muchos «artistas atípicos», es diestro cuando se trata de escapar de estos ataques de la prensa, los entrevistadores, los críticos de arte, que, hasta ya entrados los años de su madurez como creador no habían vuelto sus ojos hacia él por considerarlo charlatán y simple equilibrista de fluidos. Gracias a un encierro accidental en un local de plaza comercial con una vitrina al exterior fue que se dio a conocer y, desde ese día hasta hoy, se ha convertido en visitante recurrente de noticieros, reportajes especiales y, en contra de toda norma de publicidad, herramienta viva de mercadotecnia.

El entrevistador lo invita a que se tome la molestia de contar el hecho una vez más y él accede, siempre accede, recitando de memoria su modesta historia.

—El local se iba a volver tienda de ropa. Yo era pintor de brocha gorda, el único empleo que sostuve por más de cinco meses, y tenía el encargo de aplicar la primera y la segunda mano de pintura. Comencé por el plafón, blanco, la parte más cansada. Seguí por la pared del fondo con el mismo color y terminé con las dos paredes laterales en negro mate a las que esperaba dar una mano final de sellador para que las brillantara. El olor de la pintura, el horario en el que aún había algunos negocios trabajando y mi propensión a la soledad y al silencio, me hicieron cerrar la puerta. Yo no tenía la llave ni había ventilación suficiente. La pintura acrílica, menos tóxica que otras, evitó que cayera desmayado o vomitara, pero no fue el único milagro que ocurrió. Una idea vieja que me había visitado ya en mi habitación volvió a mí. Sentado, tomando un descanso como

estaba en medio del lugar, a la espera de que seicara bien la pintura y de que mis brazos descansaran, vi el aire sonreír sobre mi cabeza.

«El local no estaba cerrado herméticamente y el aire seguía proveyendo comburente. Desde que abrí el primer bote de pintura, nunca dejé de fumar, pero hasta que estuve sentado, pensando en vaguedades, noté que el local estaba lleno de humo de cigarro y que aquél que yo emanaba se amalgamaba con el ya existente de un modo casi plástico. Los espejos, traídos a mí por error, pues ningún pintor quiere cargar con tal responsabilidad en un local vacío, me regresaban desde varias direcciones las imágenes que yo creaba con mi boca. Mientras estuve pintando los acomodé aquí y allá sin ordenarlos de manera alguna. Mi pereza me invitó a dejarlos desnudos tal como llegaron y un golpe de suerte me ayudó a ver en ellos lo que en mi cabeza ya tenía alguna forma, un destello que no acaba de mostrarse por completo.

»Aquello eran formas, eran nubes que yo creaba, pero estas nubes, a diferencia de las que se forman en el cielo, no compartían la subjetividad de quien observa como después lo noté cuando volví la mirada hacia la vitrina que daba a la plaza y vi que diez o más curiosos se petrificaban frente a la danza ininterrumpida de mis nubes artificiales de amargas exhalaciones de alquitrán. Quise saber si la gente veía las figuras de su cabeza en mi humo o si mis figuras de humo llegaban a sus cabezas como una especie de pintura al aire; así que, para dar la visión completa de lo que ocurría en mi cabeza y que se transportaba hacia el aire de aquél local, me arrastré hasta la pared del fondo, la blanca, para bañarla generosamente con la pintura negra destinada a la segunda mano que jamás llegó.

»La gente entendió. Formaba un perro caniche y ellos sonreían. Los escuchaba claramente a través de la vitrina

“Es un perro, ¿lo ves?” y continuaba entonces hacia otros diseños de los que ya había trabajado en mi soledad de desempleado, subjetivos siempre hasta donde yo había creído, pero que ahora eran tan visibles para los espectadores como para mí. Así seguí con una espada, un ave, un hombre de nieve, repetí los que más gustaron a los niños y fui corrido a gritos por el dueño del local cuando llegó a supervisar el trabajo que llevaba hecho. Cuando me despidió, hubo algo más que los gritos y regaños habituales de cualquier despido de mi vida... hubo el aplauso de la gente que me vio.»

Hace ya dieciséis años y medio desde ese día en que la Fama tocó a su puerta con golpes tímidos. La Fama siempre manda a la Fortuna por delante, para que el que tenga oídos para oír, que oiga, pero los oídos de este fumador no estaban escuchando a donde deberían. Él escuchaba el mutis de su celular que ya no le comunicaba trabajos de pintor, no escuchaba el barullo que se hacía de su persona porque no tenía acceso a internet. Sin embargo, seguía formando figuras en su habitación mientras se reclinaba en su cama y trataba de entender al humo, tan inasible, tan falto de peso, tan imposible de dominar a perfección.

El entrevistador hace una pausa después de escuchar la historia perfectamente memorizada de su interlocutor; lo ve encender un cigarro acunando la llama con el mismo tiento que una madre acuna a un bebé y aspirar y expirar en un suspiro que parece enamorado.

—Ese es el germen de su arte ¿o no? El soplo. Ese soplo que nos recuerda la etimología de la palabra «persona» y que, a su vez, nos remite a la noción de la tragedia griega, y al resto de las artes escénicas.

—Me permito discrepar. El germen de mi arte no es mi soplo, es la llama. Fumo complacido, porque con el humo

puedo crear, pero sin la llama no se crea el humo. A la llama la cuido en cuanto arranco con el esmeril un trozo del pedernal. Cuido al encendedor como un pintor a sus pinceles porque ahí es donde la creación empieza. Alimento al encendedor con constante gasolina blanca y cuido siempre tener un pedernal sin mucho uso. Si acaso llega a fallarme y no enciende a la primera, no comienzo a fumar ese cigarro y tomo otro y otro hasta que un cigarro comience con un buen golpe de piedra porque ahí surge la llama, en el dolor del pedernal que muere un poco al dar la chispa que inflamará el aire que es mi lienzo, como el humo sería mis colores y las paredes la pintura base.

Quien lo oye por primera vez lo toma a charlatán, eso es muy cierto. Parece imposible que un hombre maduro evidentemente culto y de buen entendimiento que se ha criado en un mundo que idolatra la salud, trate con tanta devoción un vicio demoledor que ya mismo le quita la vida.

El encendedor, la gasolina, el esmeril, no son lo único que trata con exceso de cuidado. Invierte días revisando los lugares en que hará las demostraciones de su arte. Revisa palmo a palmo las dimensiones de los cubículos cerrados para asegurarse de que han sido trazadas con exactitud; con ese mismo escrutinio minucioso, hace que pasen por su revisión personal los materiales, la iluminación, los cigarros que han de utilizarse. Conocedor de su oficio, sabe perfectamente cuáles son las cantidades ideales a mezclar de cigarro de tabaco oscuro, mezcla americana, puros cuando la ocasión lo ha ameritado, pipas en sólo dos ocasiones que casi le cuestan la carrera y sistemas de ventilación que aseguran que el oxígeno circule, pero no afecte más de lo previsto a la densidad del aire en la atmósfera enrarecida que crea cada vez para hacer posibles sus malabares con las bocanadas de tabaco.

Antes de que su función dé inicio, es celosísimo en lo que se refiere a la preparación de estos ambientes. Sólo su equipo de confianza puede preparar el lugar y sólo él puede enrarecer el aire.

—El proceso creativo comienza desde ahí —continúa—. En cuanto he dado la primera bocanada, ya puedo intuir que algo se está creando. A veces tarda en llegar la inspiración, pero para eso existe la preparación. Ensayo diariamente y sólo Dios sabe cuánto he estudiado acerca de los fluidos, el aire, su química y física, matemáticas y otras ciencias exactas para robarle instantes a la inspiración cuando siento que no llega, pero, al final, todo termina siendo más visceral y menos geométrico de lo que yo quisiera. De todos modos, y no importa lo que haga, sigo siendo un hombre que empuja el aire desde sus pulmones hacia un cielo repujado sobre mí que intento llenar con desesperación.

—Esta desesperación alarma a la opinión pública. Es imposible que su arte lo lleve a una vida larga, esto es un hecho médico que confirman sus tumores, su piel, el poco cabello amarillo que le queda, la carencia de sus dientes. Ha habido repetidos intentos de impedir sus presentaciones, algunos con éxito, pues se dice que no ha habido mejor propaganda para el vicio del tabaco que su vida.

—Y sin embargo es todo lo que sé hacer. He sido cajero, mecánico auxiliar, vendedor de puerta en puerta, pintor de brocha gorda, pero en todos esos días de trabajo nunca encontré algo que hiciera tan bien como esto. Mi arte me está matando, pero en los días que pienso en dejar de fumar, el temblor de manos, las jaquecas imposibles y la sensación del ahogamiento me recuerdan que no hay otra cosa que pueda hacer, no importa que la pueda hacer por poco tiempo. Cada vez que he intentado dejarlo, fracaso. Entonces enciendo un cigarrillo y vuelvo a sentirme como hace más de

diecisiete años en mi habitación de desempleado, cuando mataba el tiempo fumando en espera de que un trabajo me ayudara con la renta y la comida. Cerraba las puertas para que el humo no molestara a los vecinos, y de pronto notaba que cada exhalación, cada movimiento de cada parte de mi cuerpo repercutía en la más mínima partícula de humo que me envolvía con su textura de argamasa fresca. Miraba al techo y creía haber expulsado una espada o un hombre de nieve, ahora sé que lo hice y que puedo hacer mejores formas, sin importar que en cuanto llegan a formarse ya se están desdibujando y se vuelven parte de esa densa nube azul hacia la cual van a volar las otras esculturas que impulsé con mi boca y suavicé con mis dedos o cabeza o pies. No lo entendí hasta muchos años después, pero yo mismo era una parte de cada una de mis esculturas y una parte de mí muere cada vez que he creado desde entonces. Hace un momento usted mencionó las artes escénicas. Acerca de si esto es o no es escénico, no estoy seguro aún. Es fugaz, como la vida misma, y requiere de un espacio físico y un público inmediato. En ese aspecto es como el teatro, porque mis esculturas no duran más de dos segundos, pero entonces también está todo el material que se acumuló en el sitio web, con o sin mi autorización, están las participaciones en cortometrajes, las sesiones de fotografías. Arte que nutre al arte. No sé si lo que hago es esencialmente escénico y fugaz o si su posibilidad de almacenarse lo volverá perdurable. Quisiera pensar en la perdurabilidad, pero no creo que eso exista para el hombre de ningún modo.

Su sitio web se formó sin su consentimiento. Un amigo suyo, aficionado cibernauta, supo del incidente del local en un foro de rarezas en el que un desocupado cargó un video tomado con el celular. El amigo prometió al mundo virtual conseguir más videos y le compró al fumador diez

cajetillas de cigarro, siempre y cuando que se las fumara para crear figuras y lo dejara grabar las creaciones. Improvisaron un cuarto oscuro, iluminación y alguna ventilación para empezar con las esculturas, y así nació la página web. Con los meses, había ingresos, patrocinadores de otros sitios de internet que buscaban propaganda. Había cambios en la iluminación, mucho ensayo, colores de fondo que variaban según la escultura, que nunca abandonaba su color de añil blanqueado. El amigo comenzó a jugar con el editor de video y ahí se acabó el acuerdo. «La tecnología abre puertas que siempre se consideraron cerradas, expande la realidad, la recrea, la hace explotar más allá de sus límites. Donde él creaba un tigre, yo podía hacerlo rugir; donde él formaba un niño y un balón, yo los hacía jugar. El mediocre purista que es él no quiso entender esto, porque tiene la cabeza llena de humo.» Esa fue la declaración del mencionado amigo cuando se le preguntó por su separación del artista por razones ideológicas.

—Nunca he creído en la manipulación por medios electrónicos de lo que hago. Esculpo en cada bocanada, en cada cambio de posición, pues tengo que nadar a través de mi propio humo para moldearlo con todo mi cuerpo. Esculpo desde que escojo los acabados de las paredes, la intensidad de las lámparas, la disposición de los espectadores. Mis esculturas son lo que son porque así es como las puedo crear, sólo por azar escapan a mis límites. Si usted quiere ver efectos especiales, rente una película.

Pero cuando acabó el acuerdo empezó el patrocinio. La más grande marca de cigarros le deslizó un cheque por debajo de la puerta con la única petición de que utilizara tan sólo sus cigarros para los siguientes eventos de internet y algunos eventos de la propia compañía en donde se lanzaban nuevas marcas, se afianzaba la imagen de la taba-

calera, se hacían conciertos después de la presentación del impensable artista y se festejaba el simple gusto del tabaco. La tabacalera, por supuesto, se ha retractado de cualquier nexos con el artista. Sobre el cheque (o efectivo, o especie) nunca se habló. Sobre su participación en los eventos se han emitido disculpas públicas y campañas para la reducción del consumo del tabaco, tratando de limpiar la imagen de la compañía, pero todo esto ocurrió hasta después de que artista y marca se encontraran identificados como una pareja natural en la mercadotecnia.

El artista jamás se ha sentido comprometido por aceptar el patrocinio. «Son la única marca que siempre he fumado» fue su única respuesta. La tabacalera, por su parte, recibió agresiones, insultos, pero nunca una demanda. El único que tenía derecho a formularla tenía la cabeza llena de humo y de figuras, en las que ya se adivinaban dragones escupiendo fuego y olas rompiendo su viaje marino en playas azules de neblina de suspendidas partículas de alquitrán.

—Antes de concluir, ¿qué puede anticipar sobre su siguiente creación?

—Será la única que se recuerde siempre. Quien la vea, no la olvidará jamás ni necesitará de un video o una fotografía para recordarla y recordarme.

Clava los ojos amarillo-rojo-miel en la lente de la cámara mientras el humo escapa de sus manos de piel pálida, coloreada sólo por manchas cancerosas y un tizne amarillento que lo baña todo. Se hace un silencio en el estudio y el entrevistador despide a la audiencia. El artista sigue apuntando la mirada hacia la cámara, pero ahora su vista está más allá. Está en el futuro, en su obra venidera, en su inmortalidad, su gloria, la perfección de su arte hasta donde dan sus posibilidades. Su mirada está en el humo.

Tres días tardaron los preparativos a puerta cerrada. El equipo revisó con cuidado cada uno de los elementos que conformarían el lugar. El teatro tuvo que soportar los caprichos del autor, que a cada queja lanzaba una humareda de dinero que se dispersaba junto con las dudas y temores de la producción y las autoridades teatrales. El ayuntamiento trató de cancelar el espectáculo, pero sólo pudo aplicar una multa que levantó una oleada de indignación entre la comunidad artística, tanto los que lo apoyaban como los que lo reprobaban. «Libertad creativa», por lo menos eso merecía.

En tan sólo un día, se montó el espacio para el creador: un habitáculo todo de cristal de dimensiones más pequeñas que cualquiera de los anteriores. Cabía el creador sentado al centro, en posición de flor de loto como siempre iniciaba y hacia izquierda y derecha había no más de medio metro de distancia. La altura total de la construcción de transparencia de fantasía era de dos metros con diez. Sólo eso se sabía. De la escultura que coronaría la noche, ni los integrantes más allegados y añejos del equipo pudieron hablar, pues nadie sabía nada.

Al anochecer de ese primer día en que todo estuvo preparado, el autor se internó en el habitáculo y encendió el primer cigarrillo mientras ponía en ON el sistema de ventilación ubicado justo detrás de él para evitar cualquier contaminación de la imagen. El teatro se quedó vacío y sólo él quedó en el proscenio desnudo.

Cuando la gente comenzó a ocupar sus asientos, tres días después, se felicitaron mutuamente por haber ganado de forma gratuita las entradas al evento sin igual. Ni una sola entrada fue vendida, todas fueron obsequiadas en el nuevo sitio del autor y cada persona llegó al lugar del evento por sus propios medios. Una pregunta bien contestada que a veces no tenía relación alguna con el fumador, el tabaco o el arte equivalía a un boleto electrónico que se entregaba y se confirmaba unos días después. Se entregaron boletos en un número que sobrepasaba el de la capacidad del teatro, con toda la intención de tener un lleno total a pesar de que muchos no asistieran. El arte tiende a alejar a la gente al último momento. Cuando llegó el día se consiguió el lleno total que se esperaba. Mochileros de aquí y de allá, hombres de negocios, artistas como él y muy distintos, cibernautas curiosos y un representante, por lo menos, de cada grupo de personas que se puede identificar como tal. Todos se sentían elegidos y partícipes de la obra singular.

Una manta negra cubría el pequeño palacio de cristal y, a la hora señalada, con la gente expectante y en silencio que bullía, fue retirada de un tirón firme y veloz por uno de los asistentes.

El humo era tan denso que el autor no se vislumbraba por ningún lado. Un minuto tardó la angustia de los que veían aquella escena, temerosos de haber sido timados por mala propaganda o un arrebató de creatividad no comprendida.

El aire se empezó a limpiar y apareció el artista en flor de loto y en perfecta concentración. El humo, todo el humo, era aspirado por esos pulmones marchitos que los años habían entrenado, y cuando el último resquicio de humo entró en ellos, comenzó la tiza azul sin peso a verterse por las comisuras de los labios y los poros de la nariz. En una danza

suave de movimientos de cabeza y hombros, el autor dejó salir el humo, hizo maleable el aire, volvió plástico lo etéreo y una figura se formó por encima de su cabeza. El autor, todo vestido de blanco, dejó que la gente se preguntara, se maravillara, se hiciera uno en la contemplación de sus exhalaciones y presenciara lo imposible. El humo, el humo fugaz, el humo que se mueve a través del aire y que baila y hace cabriolas y espirales o algodones cianóticos no fue más humo danzarín y en movimiento, no fue más una figura en formación que se desbarataba en cuanto llegaba a tomar un cuerpo. El autor le robó el cuerpo al aire, al humo, a su persona y duplicó su ser por sobre su cabeza. Dos figuras, creación y creado, uno encima del otro, reposaron enteros contemplados por la multitud extasiada que gritaba, aplaudía, chiflaba, se entregaba en ovación de pie. Creador y criatura en reposo, dualidad infinita, los contemplaban a pesar de los ojos cerrados o inexistentes desde el interior de la mazmorra de paredes transparentes: blanco el uno como el lienzo o la hoja de papel que invitan a crear, azul el otro como el arte cuando es belleza.

Terminaron los aplausos, los silbidos. La gente tomó asiento sobrecogida por la visión que no tuvo preámbulo. El aire dejó de vibrar impulsado por la gente y uno a uno, los que fueron a ver el espectáculo, salieron por las puertas en silencio y actitud de duelo.

Los que no estuvieron presentes no entendieron, pero los que no estuvieron presentes no tuvieron esa conexión con el autor que les dio su última creación. Los asistentes dejaron la creación intacta por varias horas más, durante las cuales no quisieron regresar. El teatro en silencio quedó como cuando el artista se metió por primera y última vez en el habitáculo que entonces lo contenía a él solamente y ahora también a su doble. Cuando a la gente se le preguntó

por qué había abandonado el lugar en tan corto tiempo, en tan completo orden y en una actitud tan serena, no hubo un alma que no diera una respuesta similar. «El maestro murió», «Dejó la vida en el escenario», «Entregó su alma al aire», «Triunfó».

Acerca de los comentarios que hubo acerca de aquello después, no hay mucho que decir. ¿Qué pasa cuando alguien se muere en pleno ejercicio de su vocación? La gente hace alharaca, eso es todo. Con la muerte de una persona, las opiniones de su vida y obra se reafirman y radicalizan, sin embargo, todo se cubre de un ligero matiz de comprensión y de perdón público. Esto que es la memoria pública, a pesar de todo, es otra de las cosas que se asemeja al arte de esculpir con humo porque, al igual que las figuras que bailan en el aire o los autores que se entregan a su creación, todo se disuelve lentamente cuando el viento se calma y aún la mejor figura se desvanece y se olvida; así también, aún la peor opinión, se suaviza.

Buscar buscar

Nerich Yaa vio a Ramuk correr detrás de la espuma. Lo vio saltar entre las olas y perderse. Con las hojas aún frescas de una palma, Nerich Yaa acarició la arena hasta volverla un manto con que arroparía a su hijo mientras lo viera masticar la fruta y la escuchara contar historias sobre el origen aún fresco de la tierra firme, pero Ramuk no estaba ya. Nerich Yaa maldijo al mar, a los vientos, a los encantadores rayos del sol que hacen del agua ojos destellantes y maldijo al juego de las olas que por debajo amasan todas las motas de polvo que han flotado desde el despertar hasta volverse arena, y que por arriba forman la espuma que seduce y que se escapa. Arrojó la fruta fuera de la canasta que ella misma trenzó y la cargó sobre su espalda para traer de vuelta a su hijo, tan pequeño aún. Se arrojó al agua batiendo los brazos, cubriéndose los ojos con lágrimas oleicas que aún la sal de la mar no pudo traspasar. Inmortal, desesperada y maldita desde entonces por haber renegado contra las fuerzas a las que ningún mortal debía desafiar con sus blasfemias, Nerich Yaa viajó y viajó buscando a su Ramuk por arrecifes, por corrientes, por praderas marinas que laceraban la mirada con los primeros colores del mundo, por desiertos oscuros y helados, las primeras tumbas de roca, agua y sal. Cada año, durante siglos, volvió a la misma playa, apisonó la misma arena que ocultaba brillos prehistóricos que reverberaban a la luz argentina de la luna y esperó a Ramuk por una noche, pero no lo vio volver jamás.

El corazón tierno de los formadores se conmovió al verla vagar tan sola por el mar vuelta una con la cesta a sus espaldas y volviéndose más marina a cada legua y se inquirieron sobre la dureza del castigo. Para apaciguar su corazón de madre, le infundieron la preñez de veinte retoñitos de su estirpe nueva envueltos en capullos dentro de su vientre. Ella volvió a la playa al sentir la vida en sus entrañas y enterró a sus hijos en la arena para que la espuma no los invitara a jugar y a extraviarse en las vastedades del mar, y luego volvió al agua a buscar a Ramuk, nunca cesó, aunque ya había olvidado su voz infante y los contornos de su cara.

Atraído por la espuma, vi a una de las descendientes de Nerich Yaa encontrar la playa a través de la insondable oscuridad del mar y recibí en mis manos sus húmedos capullos, vida nueva, mientras la veía llorar a lágrima viva y acurrucar a sus hijitos con el doloroso amor que solo una madre que perdió a su hijo tiene para los nuevos. Dejó su cuerpo extenuado sobre la arena que cubrió a sus renuevos y otra vez la arena era el manto que acurruca al hijo, lo protege. Se alejó, sin embargo, porque a través de los eones, de miles de giros lunares, la esperanza de Nerich Yaa por encontrar al pequeño Ramuk sigue viva desafiando las razones y mezclándose con los instintos que ha pasado a su progenie, ajena a la voluntad divina de vivir en paz.

Ramuk se volvió espuma, pero su madre nunca lo supo. La acarició cuando saltó al mar y trató de susurrarle la alegría de su nueva forma, pero Nerich Yaa no percibió a su hijo fundido con el mundo. Ahora Ramuk disfruta, como niño, deslizarse sobre la piel rugosa de las herederas de su madre y suavizar las caídas y las volteretas de sus «hermanitos» cuando vuelven a la mar aún guiados por la herencia de ese impulso prenatal, precorporal, de buscar, buscar, no encontrar y seguir buscando.

Batintín el Cantarrecio, Miguelito el Molinero

Acerca de cómo y por qué Batintín era un hombre descomunal y sus brazos alcanzaban a levantar al buey más fuerte de la yunta de su padre para sacarlo del fango, o de por qué su apetito voraz lo hacía criar conejos y gallinas por centenares, el juglar no pudo dar razón alguna. Nosotros nos sentábamos alrededor de él sobre la plaza cada vez que la misa terminaba y el padre nos permitía escucharlo contar descabelladas aventuras, cuentos exóticos importados desde tierras lejanas. Le decían Jonasillo a ese juglar un poco infame cuyo nombre bíblico y cantarín remitía a periplos a través de mares pérsicos en vientres de monstruos marinos de proporciones tan leviatánicas como ningún mercader de las tierras de la provincia, reseca a fuerza de vientos y sedienta a merced de truhanes, escuchó hablar a marineros hechos rudos con las furias de altamar y con cuerpos convertidos en cartografías de sus aventuras explicadas en tinta sobre piel salada y dura.

El día después de la Pascua estuve presto a viajar y hacerme de aventuras, refutar los cuentos de Jonasillo o encontrarme con las reminiscencias de sus personajes en los parajes donde tal vez caminaron, pero la madre y sus súplicas me lo impidieron: «¡Que eres aún un niño!» «¡Que tu padre te necesita tanto, enfermo como está!» y vuelve a picar la piedra que te tocó moler, de regreso al molino a sustituir al padre y a enmascararme con polvos de trigo como

hacían las mujeres de la Isla Amarilla, que Jonasillo cantó alguna vez, con polvos de arroz finísimo, que olía a deseo y que el padre censuró con un cordonazo, como dicen que San Francisco aparecido da a aquellos que deambulan impios por las ruinas de la capilla de su templo ya demolida por la codicia del lugar teniente y vuelta taberna para saciar los ímpetus bárbaricos de su tropa de bravucones.

Batintín, cantaba el juglar Jonasillo en versos rítmicos casi acompasados por un tambor invisible, tuvo su nombre merced a un juego de palabras que empezaron con «batintín», el disco de metal, cuando era niño, y terminaron con «batán», cuando se volvió guerrero, porque sus manazas empuñadas, como los batanes, podía golpear sin demostrar cansancio por horas y horas como impulsado por el sempiterno fluir de los ríos, de los canales de agua. Le decían Cantarrecio, pues en los coros que alababan al Señor su voz de trueno acallaba las del resto de los feligreses con sus estertores de volcán o calamidad natural cualquiera, que jamás atinaba una nota ni seguía cadencia en ninguna melodía. Fue el uso de un batintín lo único que logró cerrar la boca de caverna del infante. Sólo el tintineo del metal acaparó la simplicidad de su mente boba dejándolo en un limbo de ensoñaciones que le impedía cantar. Siendo Batintín un jovenzuelo, y no teniendo todavía vocación guerrera, tañía su disco de metal cada vez que el pueblo así lo requería e igual llamaba al catecismo como a la asamblea, y hete aquí que un día en que la gente se reunía en la plaza a escuchar algún decreto se le cruza un borrachazo y pretende mal saciar sus ímpetus en la jamona de su hermana, la de Batintín, tratando de tentarle las carnes cuando al Cantarrecio se le sube la sangre al seso y salta sobre el indecente y, golpe tras golpe, «abatana» la cara del desgraciado en una mezcla de carne machucada y sangre que lo vuelven irreconocible.

Ahí se descubrió la vocación guerrera de Batintín. ¡Qué giro del destino, Cantarrecio! ¡No más escuela para ti! Aficionado como era a proezas de su cuerpo y desgraciado de las luces de la mente, Batintín aún con doce agostos cursaba los estudios de los niños de la mitad de su edad sin tener éxito, pero ya bien podía hacer las faenas de un hombre que esa misma le doblara. Yo así quisiera como Batintín correr mi suerte en las milicias, luchar contra bandidos, educarme teniendo como única instrucción el arte de la guerra, pero es perra mi suerte que aún no me pinta el bigote como a otros niños y soy tan debilucho y enfermizo que me bebo a solas los libritos de mi abuelo, los misales de mi madre y alguno que otro tomo *non sancto* de la bibliotequilla del padre de la iglesia que él resguarda para cuidar a su rebaño de las acechanzas del Maligno. Llega de lejos el ropavejero haciendo trueques con objetos nuevos, y ahí mismo sale el padre a requisar cuanto libro incluya la palabra «seno» sin connotar aquel donde se guardan las desgracias, o que explique cómo se preñan las mujeres, imaginando quizás que su grey amada, hato de campesinos, molineros, comerciantes, matarifes, arrieros y ganaderos es tan estúpida que nunca ha entendido que como se monta el toro sobre la vaca, se monta igual el cacique sobre la paisana.

En domingo se anegaban los mercados con madres haciendo las compras y con mercaderes comprando a campesinos y vendiendo, vendiendo y gritando. Yo cargaba sobre mis espaldas los bultos de mi madre y me embriagaba con los efluvios frutales y cadavéricos de las mañanas después de misa, impaciente por correr perdiendo el aliento hacia donde el Panderete Jonasillo ya se preparaba para la función: «Que eres un loco, vuelve a casa pronto, ¡el mayor de mis hijos me salió un vago! ¡Me ayude Dios! ¡No tardes, que tu padre quiere verte a ti antes que al doctor!», y yo

ya oía a la madre lejos, lejos, pero al Jonasillo cerca, cerca. «Saltó Batintín de quince años a volverse héroe en su pequeño reino,» ¡Llegaba justo a tiempo!

Proeza uno punto y guión, como en la escuela: con una sola mano le exprimió hasta la última gota de sangre de una serpiente horrenda que mordía en los talones a todas las niñas que intentaban pisarla mientras tomaban baños blanqueando con jabones las suaves y marmóreas pieles, sin más mácula que lo que piensa un hombre de ellas. Nadie reclamó a Batintín su cercanía al lugar del baño pues se cuenta que él había acudido sólo llamado por los llantos de las nínfulas, pero se reía Jonasillo y bien sabía yo que habría alguna Lilia por ahí, digo ese nombre por ser el más bello que conozco y corresponde igual a la cara más hermosa, la voz de mejores melodías y la cabellera de más áureos rulos que habrase visto jamás bajo este cielo generoso del Señor. Y es que sí había una Lilia, pero se llamaba Albacia, y Batintín temblaba sin fuerzas cuando la veía y perdía su ímpetu de *berserker* cuando ella recitaba la poesía completa de los Inmortales, de los Sabios, los Dorados, nombres todos que significaban nada más que alta sapiencia para él, forzado analfabeta que caminaba por la vida sin esforzarse en comprender que una bola y palito hacen una «a» y que suena igual que el más elemental sonido de la comprensión «¡Ah!». Fue Albacia la única que no se cubrió inmediatamente cuando Batintín apareció en la escena de las bañistas con su mano salvadora y un pacto se firmó con cuatro ojos ardiendo como brasas. ¿Así se forman los pactos entre hombres y mujeres? ¿Así se promete el amor?

Ya entrado en la madurez, cuando Batintín había desmembrado al León de la Montaña, escarmentado a Rober-tico el Salteador y a su banda de maleantes y abierto los caminos al ejército del rey, se llegó al pueblo la noticia de

que Cástulo el Quinto Gigante había sentado sus reales en el lindero norte de aquel reino y venía hecho de una fama que a cualquier enamorado asustaría, y era la de que estaba presto a secuestrar a cualquier bella doncella que aún se ostentara sin defectos como tal, a su castillo hecho de piedras de volcán talladas con sus propias manos. Presto estuvo Batintín para lanzarse sobre la abominación y en quítame acá esas pajas se llegó hasta una cueva que lo ocultaba, y contó a todos Jonasillo que estuvieron destrozándose a trompadas durante ocho días con sus noches y atronaban tanto los golpazos que se daban que salían de las copas de los árboles aun las urracas más añosas como si éstos fueran sacudidos fuertemente desde el tronco. Terminó el cuento Jonasillo diciendo que el Gigante falleció ante la paliza y que el impulso secreto de Batintín fue el de cuidar a su Albacia. Dijo a todos que en cuanto mató al titán, Batintín volvió a su pueblo y tan sólo pidió por recompensa la mano de la dueña de sus noches de vigilia, que le fue otorgada, y venga para todos el final feliz, las nupcias, la riqueza. ¡Qué perrada que acabara todo así! Me enfurruñé y le fruncía el cejo en forma tal al bardo, que cuando se dispersó la chiquillada él me miraba aún mientras hacía su atado para seguir viajando y embaucando, pero ¡ah, que no sabía yo lo mucho que le pesó mi ojo recriminador! «Lee esto sin que el párroco te vea, ha viajado incluso más que yo», me dijo y me entregó unos rollos de pergamino fuertemente atados con una correilla de piel.

¡A dormir censuradores! ¡Canta, oh, Musa, los periplos del olvidado Batintín! Llegaba yo en pedazos del molino con los ojos rojos de cernir harinas y llorar en secreto por el cuerpo desmoronado del papá y aún tenía fuerzas en mis brazos desguanzados a fuerza de acarrear bultos para encender una vela fuera de la casa, lejos de miradas indiscretas de

mamá y de los hermanos pequeñitos que me pedían el pan a mí, ¡a mí! En pergaminos alternados el original contra la traducción, leí en caligrafía de elegancia mujeril sobre cómo Batintín llegó a la cueva del lindero norte, desde luego, pero llevado por embustes del rey que lo había apadrinado en su carrera a la celebridad. Primero era todo «Mata a aquél, destruye aquellos; no veas a Albacia en la plaza los domingos, las lindas solo quieren a los ricos, espera ya te pago, te lo guardo y aquí conmigo lo sigues ahorrando», pero que Albacia y Batintín se veían desde un lado al otro de la plaza, que los mercaderes se sorprendían de que el Cantarrecio les solucionara las disputas razonando como niño y de que la amada se las sostuviera argumentando como magistrado. El viento cambió y se le agitaron los mares a Batintín, pero lento de cabeza como era e incapaz de poner la «n» tras la «o» puso la marca ardiente de su anillo en el pergamino que confesaba cien mil crímenes pensando que le aceptaba una hacienda al rey. Pero eso sí, la última y nos vamos, «Cástulo les arranca la virtud con su descomunal... naturaleza, Batintín, tú sabes que eso hace, y luego las devora, por eso no vuelven jamás.» Batintín atravesó bosques hechizados y de un salto cruzó fosas que tenían en el fondo entradas accesorias del infierno mientras el pueblo se preguntaba por su ausencia y los mercaderes morían a espadazos por los soldados de la corte, que sabían ya que el pliego en que se pedía la dimisión del rey estaba firmado hasta por altos dignatarios, que también entintaron las bruñidas hojas de las dagas de los asesinos en sus propias camas mientras dormían. «¡Que nos gobierne Batintín!», gritaban y el monarca. «¡Es un bruto!» «¡Pero es justo y la que será su reina es aún más sabia que tu corte entera!». Gritos, sangre, revolución, y Albacia corrió a esconderse bajo tierra en cuanto vio aquel zafarrancho ensangrentado, y con paciencia, alta técnica y

equipo de minería fabricado por sus dulces manos y su cabeza prodigiosa llenó de túneles las vísceras de cal y piedra de la capital del reino, y vagó y vagó por ellos hasta que el monarca decidió que ella había seguido a Batintín.

Corrí como un loco hacia la pradera, y cuando volteaba la cabeza y veía que mamá no desaparecía del chiquero afuera de casa gritándome con voz quebrada «¡El cura te parta las espaldas con su lazo cuando le diga lo que estás haciendo!», le gritaba. «¡Que el perro del molino me ha seguido, deja que lo corra a puntapiés de vuelta a su lugar!», y ella que no me creyó nada o le importaba poco porque cuando regresé y dejé bajo una piedra los pergaminos mal atados ya veía que se enjugaba las gotitas que le regaban los carrillos, yo pensando que sufría tormentos de Santa Mónica, pero es que enviudaba lentamente y se aguantaba las ganas de llorar como el padre se aguantaba a seguirle las invitaciones a la Muerte.

«Jonasillo usaba un tamborcito o panderete y siempre viajaba con una bolsa de contar historias en la que se guardaba una utilería prodigiosa para aderezar los únicos diez cuentos que sabía: horrendas máscaras de lobos, colmillos marfilados de dragones, zarpas oscuras de tigres, sombreros puntiagudos de brujas, objetos innombrados que mentía haber traído de países que nadie había oído jamás, pirotecnia inverosímil del Lejano Oriente, brillante cristalería retorcida hasta la imposibilidad y sólo Dios sabía qué más, pues el morral, como la cornucopia, parecía nunca vaciarse. Le decían el Panderete porque con uno de ellos marcaba el ritmo de los versos que cantaba hasta que un día una mujer marina de piel morena y ojos avellana le robó la bolsa y el tambor, pero, dicen, le regaló cien mil historias. Desde entonces a la fecha, Jonasillo se pasea con un una bolsa diferente y pergaminos que nunca nadie ve, porque son prosas profanas y

versos insuflados por alientos demoníacos», decía el párroco cansado ya de azotarme las espaldas después de que negué la existencia de pecado obsceno alguno en confesión y de que la madre me acusaba de leer textos oscuros. Con la espalda aún viva como una granada partida en dos, me revolví en mi agitación, ese domingo y los demás porque después de la iglesia no había juglar que cantara y los niños se dedicaban a insultarse y a correr unos tras de los otros y a pelear. Yo me regresaba al campo atrás de la casa y me entregaba a la caligrafía femenina de los pergaminos que sacaba, leía a prisas y volvía a esconder siempre en un agujero diferente de los campos cada vez a los que tenía que buscar como poseso desmemoriado para continuar leyendo que Batintín se había encontrado a Cástulo finalmente y me guardaba inquieto mi secreto, riendo bajo la faz en calma de los juicios inquisidores que el padre hacía sobre el herético Jonasillo.

Cástulo no era el Quinto Gigante sino el Gigante Quinto, último de la raza con la misión de aniquilar a los de su tipo contrayendo matrimonio con una mujer normal y consumando el matrimonio para entregar por vía del éxtasis el don de su inmortalidad, pero era tan triste su historia, así lo supo Batintín después, que no le era posible hacerlo porque a pesar de su gigantismo su hechura en las herramientas de consumación era todo menos sorprendente. Después de que Batintín lo halló, cortando flores para hacerle una guirnalda a su última raptada, se lanzó a golpes sobre él y el titán lo repelía como a una mosca. Al fin Batintín y yo teníamos el sentimiento común de no poder batir al enemigo a golpes, como aquella tarde en que Canuto me machucó con sus manazas y yo resoplaba, arremetía, me extenuaba y mordía el polvo que me sabía a sangre y lágrimas, a humillación de no poder callar la boca del *hijoeputa* del Canuto «¿Te decimos “huerfanito” desde ahora o esperamos otro día?» Yo

entendía a Batintín, escondía el pergamino y al cabo de los días volvía para seguirlo mientras el padre se desbarataba como terrones de tierra seca y la madre se me aguaba viva a fuerza de llorar sin poder refrescar ni un poco al padre. Yo me molía como burro en el molino y, aún si tuviera vocación de aventurero, al final del día sólo me quedaban fuerzas para tenderme sobre la fresca del campo a leer patrañas destinadas a morir por el fuego y rumiar las palabras que narraban hazañas que, por ser fantásticas, no hacía falta creer, sólo montarlas como esteras voladoras y viajar.

Nada podía la furia de los puños del héroe de la historia, pero era fuerte la soledad del incomprendido villano que lo invitó a cenar a su castillo. Batintín, osado como era y en defensa de su dama aún no ofendida, aceptó y se montó a lomos del gigante y en tres saltos kilométricos se encontró en una morada toda de cristales purísimos y centenares de damas de hermosura inconmensurable vagando en libertad de adolescentes por las mil habitaciones del edificio de belleza que perturbaba y deslumbraba. «No se puede, al final no puedo, mi tamaño hace que mi reputación preceda a mi persona, pero nada tiene mi intimidad de deslumbrante. Aún así, el matrimonio es sagrado y, aun divorciado de todas las esposas que rapté, les debo la manutención y la vida holgada que la herencia de cuatrocientos gigantes fenedos ya en lechos de mortal después de vidas de familia me heredaron. Ellas no se inquietan pues se han hallado hermanas y madres e hijas sustitutas. Me ven como el abuelo, un proveedor dulce incapaz de arrancarles la virtud que, lo he aprendido, le importa más a los hidalgos que a las doncellas.» Batintín se ahogaba en la risa y compartía veladas étlicas con el Gigante «Hazte ministro religioso, cuando la carne te prohíban, por probarla, saltarás cualquier obstáculo.» El Gigante sonrió.

Batintín volvió a pie a su casa, feliz entre los campos, nadando en las lagunas, construyendo casas a su paso, segando campos enteros de un solo golpe de guadaña, durante las cosechas, con el anillo matrimonial de la raza de gigantes en la bolsa, listo para entregarlo a Albacia en cuanto llegara a su ciudad en la que mil guardias armados lo detuvieron leyéndole el bando que lo declaraba criminal. Escondió el anillo en un rincón del campo y luego fue hecho preso e informado de que el único modo en que un reo podía exigir su libertad o demandar consejo de abogado era a través de un pliego escrito, lo único que Batintín no podía formular. Su fuerza colosal no lo podía librar de la prisión que se había construido especialmente para él, y su mente de iletrado tenía una prisión aún más terrible, amurallada por conocimientos que le habían sido ocultos desde siempre.

Treinta años gastó Batintín arrastrando seiscientas plumas de gallina, gastando mil novecientos kilos de papel y una cantidad no revelada de litros de tinta, en sus esfuerzos por lograr un pliego escrito desgranándose el alma y cuerpo por intuir lo que debió haber aprendido. Treinta días gastó yo a la espera de Jonasillo, el Panderete, hasta que Michel le Racounteur cubrió el espacio vacío en la plaza y lo inundó con sus cantos nuevos de reyes decapitados e historias de gobiernos con repúblicas. Habría podido maravillarme de su facha, enamorarme de su acento desmedido y gutural, pero ya era más curioso que inocente. Antes de partir le pregunté por Jonasillo, y respondió sin levantar la cara: «Lo han quemado vivo». «Pero no hacía más que contar historias que no escribió.» «Fue suficiente.»

Triste por la condena de Jonás, leía la condena de Batintín que se antojaba el más cruel de los castigos: encarcelado y sentenciado a encorvarse sobre un escritorio con las patas desiguales a llenar hojas y hojas inútiles que se archivaban en

pilas inmensas en un galerón que nadie visitaba más que Albacia, pero el forzudo enamorado lo desconocía. Madre llamaba para cenar pero yo masticaba sin gusto y a escondidas harina hurtada a puños y le decía «Que coman los pequeños». Vuelta loca por los patrones manuscritos que el Cantarrecio repetía hasta la demencia, Albacia llevó las dos cajas más recientes a un sabio de Alejandría que viajaba por el reino. «Es una imitación burda de las figuras del sánscrito, pero se forma con gramáticas de idiomas indoeuropeos modernos, falsificación de un aficionado, si no me equivoco, o petulancia de un imberbe, ¿es cierto?» De las barbas arrastró Albacia al sabio, que blasfemaba colérico, y entró pateando la puerta del palacio hasta donde el rey ya la esperaba, tamborileando nervioso después de abdicar por escándalos de faldas. «El sabio traduce, tu corte responde, tu ley no pide que sea en el idioma del país, sólo que esté escrito.» Batintín se preocupaba poco por aclarar su caso a tribunales, ya de todos sabido el engaño, y se interesaba más en retomar la vida que se le interrumpió cuando fue encarcelado sin justicia.

Corrí por el doctor y por el cura ya con los pergaminos en la mano y el rostro endurecido. «¿Por qué me amas?» «¿Por qué estabas junto al remanso?» «Para verte a ti, nada más verte, ¿por qué me amas?» «Porque un hombre tan sencillo no puede ser malo». Un desmemoriado y viejo Batintín removi6 la tierra y piedras de diez bosques hasta dar con el anillo, y la Albacia, de intelecto intacto aguzado con la edad, busc6 y busc6 entre los bosques de hojas sembrados por el Cantarrecio hasta que, vuelta una experta en el idioma de su enamorado, dio con poemas hechos en su soledad. Su literatura en un sistema s6gnico nov6simo tocaba todos los temas, pero sobre todo tocaba a Albacia. Ella, envejecida por la espera y los fren6ticos esfuerzos por liberar a su amado, se hab6a vuelto mohosa y quebradiza como

las hojas de papel en donde él cantaba amores, recordaba viajes y vituperaba contra el rey. Versos, historias, opiniones. «¿Puedo intuir el mundo frente a una hoja de papel y retratarlo con mis propios signos?» Albacia rejuvenecía con el anillo en la mano y Batintín estaba allí para verla, sólo verla porque en la vejez no hay más éxtasis que el de la contemplación. Enrollé sin cuidado los pergaminos y sujeté fuerte la mano del padre; olí la peste de su muerte sudorosa y recibí a un tiempo el anillo de la casa, las deudas con el patrón y los chillidos de los pequeños.

En el entierro del padre todos tiramos un puño de tierra sobre él. Yo traía bajo el ajuar negro un atado hecho con un jirón de los costales raídos del molino y anudado con una correilla de piel. De ahí saqué mi puño de finos polvos negros. Mientras cura y médico habían estado cumpliendo su acto rutinario de enterar a la familia de la presencia de la Muerte en la cabecera de la cama, adustos y sin vida, o emoción sólo maldita hipocresía a costas, yo sentenciaba al fuego el pergamino con la historia del Batán apretando los dientes después de escupir sobre esas cenizas la memoria vil del Jonassillo que me había invitado al viaje inútil que se hace sobre las letras. Podría haber quemado también la biblioteca entera de la sacristía, los misales de la madre, la escuela con todos los profesores dentro, y el molino, pero aún tenía tanto quehacer y había que entregarle el alma al dueño del molino para seguir llevando el pan a los pequeños, también tenía que preparar los cuatro arreos y aparejos que quizás podría vender el domingo próximo, dejar la escuela, cerrar los libros, empuñar las herramientas para exprimirle el oro al hierro.

La mañana antes del entierro desperté temprano. Antes de que el sol saliera, me rompí la espalda tratando de levantar siquiera la yunta de un buey, ya no digamos al buey

entero y me comí media gallina viva que me hizo vaciar las vísceras, hecho un mar de arcadas. No me desesperó la derrota y caminé por las veredas todavía húmedas por la única lágrima que Dios lloró con el sereno por mi padre, y me asomé a la ventana de Lilia esperando forjar un pacto con las miradas, pero una trompada de su padre me bañó los ojos de lágrimas y las narices de sangre. Aún podría haber buscado a Canuto, pero el colorín colorado me apuró a abandonar mis empresas y llegué puntual al entierro para despedir al padre. Así llegué a la reunión fúnebre. Absolutamente impuro, niño maculado hasta la médula aunque inacabado, hombre recién parido. Con el puño apretando el anillo de la casa de mi padre, arrojé las cenizas del pergaminado de Batintín, notando por primera vez que mis manos ya insinuaban surcos y que el gesto se me reseca. La madre lo notó también porque, cuando el viento desperdigó las cenizas que no se tragó el pozo, la vi sonreír mirándome, ya seca como la tierra de su tierra, pálida como la harina del molino. Un pacto formé con ella en esa mirada, el de tomar las riendas del hogar y el de dar fin a mis días de lector.

Tiempos duros

—Mejor lo guardas.

Era amable. Su voz era amable, pero firme en la advertencia.

—Aquí se resguardan activos, información. Doce mil empresas triple A confían en la seguridad de este consorcio para procesar su información. Un celular es inadmisibile. ¿Cómo lo pasaste por Seguridad?

—No sé. Ni siquiera lo escondí. Estaba tan preocupado por la entrevista que fue una de las mil cosas que no se me ocurrió.

—Ojo, señor, mucho ojo. Un amigo mío trató de pasar un iPod y se lo pescaron en la sala de espera exterior. Perdió la entrevista. Yo no traigo más que un lapicero Bic y un Timex.

—¿De manecillas?

—¡Claro! ¿Quién pide trabajo aquí con un digital?

Sonreí y me volví a quedar callado. «Pinche alzado». Pero el tiempo se pasaba y yo no tenía modo de saber cuánto era. La clepsidra se robaba granos de un contenedor a otro y con cada tic, con cada tac, un granito de impaciencia levantaba un resortín que hacía brincar mis piernas largas. «Piensa, repasa, imagina, no te duermas, note duermas no-
teduermas...»

Al llegar a la sala de espera exterior, que no era más que una fila de asientos de plástico montadas sobre un solo riel de metal frente a un mueble de recepcionista, una se-

cretaria me sonrió en estricto apego a políticas en cuanto entré «Parece hospital, ¡no! Parece juzgado.» Le comenté a la muñeca de mostrador sobre mi cita, ella me pidió tomar asiento y perdió sus dedos en clic clacs arrítmicos que saltaban en capas de a seis u ocho segundos, para detenerse uno o dos y continuar. En mi espera la admiraba de reojo, por encima de un ejemplar de *Fortune* que tomé de algún lugar, esperando voltear a la revista cada vez que ella se sentía incómoda con mi mirada y buscaba mis ojos. Afortunadamente, la revista me cubría las sonrisas y su vista me alejaba del desvelo, me había quitado por un momento esa compulsión por sorber café soluble y aspirar cigarros rojos. «Tengo sueño.» Ella vestía un traje sastre gris rata y debajo una blusa guinda en un tono que combinaba con la imitación de cedro rojo de la parte superior de su mueble. La parte inferior era de triplay o de aserrín compactado, no importaba. Lo que me importaba era la intención empresarial de la armonía cromática que rondaba en la melodía de tonos guindas, rojos, grises... negro. El pelo de la secretaria-recepcionista-auxiliar era negro igual que los zapatitos puntiagudos que imaginaba cruzándose uno sobre otro por debajo del mueble; negro el marco grueso de los lentes rectangulares, coquetería de falsa intelectualidad coqueta sobre todo porque es falsa; carmines los labios, pálido el rostro aceitunado como si estuviera deslucido por el exceso de luz artificial. Me miró y sentí el vértigo del borde «*Princesa*, pero si se lo digo me manda a la chingada.»

Ella le susurraba al manos libres, mientras yo le lamía los labios con los ojos. Escuchaba sus bocinas canturreando suavemente letras pop, horribles «En la perfección no hay hermosura, ¡cuánto me gustaría educarla!» Nuestro breve encuentro terminó cuando activó la cerradura eléctrica de la puerta de madera frente a la recepción. Me sonrió, me

dirigió frases mecanizadas y luego, cuando abrí la puerta para entrar, volteé otra vez para admirarla, sonriendo galante, pero ella ya era una imagen mimetizada en la pared marfil y los tonos de escritorio y ropa, pelo.

Afilado entonces por la breve emoción surgida «Soñé contigo», me brincaron los detalles de la habitación revelados por la luz epóxica. La sala de espera interior era algo menos pobre. Sobria en toda la decoración, me recordaba películas de abogados con muebles lineales, de un solo tono macizo sin usar más de dos colores para la armonía general. Mesa al centro dos sillones individuales a los lados, uno apuntando a la puerta por donde entré y otro a una ventana con discretas persianas blanco gris muy tenue, un sillón más con espacio para dos pegado a la pared a mi izquierda y a la derecha: la puerta del entrevistador, de madera también. Algo más: un tipo. De traje igual que yo, pero bastante menos descuidado. «*Sharp*, creo que es intraducible.» Me saludó con la cabeza desde el sillón individual junto a la ventana, y me pareció descortés sentarme justo frente a él, más bien me acomodé en el sillón más largo del lado más lejano al fulano.

«Pinches codos, ni una revistita, me voy a dormir.» El tipo, inexpresivo, cara para jugar al pókar «James Bond se hubiera ido de cuernos, a éste no le sangra el ojo» y un tic tac que no ubicaba. Me volvía a un lado y otro esperando hallarme un reloj, pero no había más muebles que los que tenía frente a mí ni cosa alguna colgada en la pared. Quise ver mi reloj de pulsera, pero me arrepentí. Lo sentía pesado en la muñeca izquierda, inaudible en su fluir digital, sugiriéndome que lo mirara. «Voy a parecer urgido», y el tipo impassible, con la mirada clavada en la puerta por donde entré. Metí la mano en el bolsillo interior izquierdo del saco y sentí el celular: «Hago como que mando un mensaje y checo la hora», y entonces la interrupción ¿o cortesía?

—Calmado, señor, que esta gente no se fía de una entrevista y nada más. Usted sólo ha recibido un aviso telefónico ¿verdad?

—Sí, ayer mismo me llamaron, pasé una noche fatal. Me notificaron que había un *e-mail* con cuestionarios que debía responder de inmediato, así que estuve horas y horas frente a la computadora respondiendo cientos de reactivos redundantes que me fatigaban y me hacían dudar de mis respuestas. Al mismo tiempo, revisaba en mi cabeza los requisitos de los archivos adjuntos buscando algo que hubiera pasado por alto. Terminé de contestar los cuestionarios como un autómatas con baterías bajas. Quería traer un currículo en papel o un fólter vacío pero la chica del teléfono fue muy clara; «No traiga nada más que una identificación.» Le hubiera puesto más atención ¿o no?

—A todos se nos va un detalle. Yo mismo, después de salir de casa, recordé que no me cepillé los dientes. Estoy desesperado por una menta, me mata pensar que la halitosis me arruine la entrevista. «Uno de cada mil», dice el anuncio de internet, ¿lo vio, supongo?

—Sí... o sea que usted o yo, o ninguno de nosotros.

—Puede ser, tengo experiencia en este tipo de compañías y he aprendido que la vida da vueltas, ¿no? Mejor una cara conocida que un enemistad infundada.

Se abrió el saco, cruzó la pierna, se talló la mano derecha contra el pantalón «Suda... y ha de cagar, y ha de comer, y ha de deber una tarjeta de crédito, y ha de estar casado, porque sí me saca tres años cuando menos. ¡Chica de recepción rescátame, que no aguanto a este cabrón!.»

—¿En qué...? ¿En qué se basan?

... Cara de pókar ...

—Bueno, un amigo mío trabaja aquí, pero evité anotar lo en mi hoja de referencias. Lo busqué en cuanto supe que

había una vacante y fue tan difícil encontrarme con él, incluso fuera de la oficina que cuando me contó su entrevista me sentí decepcionado. Tanto me hizo esperar al teléfono, me susurraba, me cambiaba la conversación como si lo escucharan, que su descripción de la entrevista no valió la pena. Al menos eso pensé.

Sobre nuestras cabezas, en cada esquina superior del cuarto había un puntito negro. «Las paredes ven y tal vez oigan.»

—Me dijo cualquier cosa —siguió— «Analizan tu perfil, tu grado de compromiso, luego te examinan conocimientos y el coco; es muy estándar», pero tanto silencio y vueltas que me dio me hicieron pensar en lo que en verdad te analizan. Acérquese un poco, señor, que las paredes ven, pero no oyen mucho.

Tímido, me recorrí. Algún recuerdo de mi adolescencia se me coló justo ahí, con terrible incomodidad. «Acércate», alguna vez me dijo una mujer en falda corta al otro extremo de un sillón igual al que entonces me soportaba, y tan pronto me acerqué y rocé su ropa sin buscarlo, el palpito en la entrepierna me ruborizó aunque nada había ocurrido en realidad. “Acérquese”, ha de ser puto.»

«Soñé contigo, ¿quieres que lo hagamos realidad?»
Cara pálida, ojos rojos, gastritis, ojeras, todo junto.

—Seguridad. Esa es la palabra clave. Todo lo que quieren saber es si eres de confianza.

—Bueno, entonces la batalla está ganada. En toda mi vida no he robado un solo peso ni he traicionado secreto alguno. Soy confiable.

—Será usted discreto, señor, pero ¿«confiable». Trae aquí un celular. Eso ya lo vuelve un riesgo. ¿No leyó en el periódico sobre aquél que falsificó una transacción a través de su bluetooth del celular?

—Paranoia, eso es paranoia.

—Seguridad, señor, seguridad. Aquí hay números de cuenta, accesos a portales bancarios, información de instrumentos financieros, contabilidades, contabilidades, números y números. En los números no hay espacios para riesgos. Dios creó al mundo en el lenguaje matemático, pero se le ocurrió la mala idea de redondear. Así empezó el caos.

«Pinche loco, ya que se calle.» A pesar de que la voz le había aumentado en ritmo, seguía sin alterar el semblante. Sabía hacer inflexiones precisas y arquear las cejas para enfatizar «números y números», me ponía nervioso. Bajo su piel de roca presentí el frenetismo de un obsesivo o las manías de un sociópata.

—Pero siempre hay riesgos. Con eso se debe de vivir —seguí yo, en parte contagiado por su plática precisamente riesgosa—. Un monstruo como este tiene mil sistemas. Un amigo trabajó en una empresa similar, pero mucho más chica. Él sabía cosas. Cosas que pocos saben, por ejemplo, que cada computadora tenía una webcam que grababa al operador o al analista al centésimo de segundo con audio y todo. Tenían un contador de golpes de tecla y había un promedio esperado para cada puesto. Sobrepasarlo significaba estar en la mira de Incidencias Operativas, algo así como la policía local. Cada llamada era grabada, todos los correos electrónicos filtrados por un servidor programado para detectar palabras clave, lenguaje subversivo, patrones, criptogramas. Mi amigo estaba seguro de que se gastaba en seguridad y vigilancia casi tanto como en publicidad.

—¿Él te contó todo esto?

—Palabras más, palabras menos, cogimos una borra-
chera de terror cuando le dieron un ascenso y lo mandaron a Perú. Vivió en Lima algún tiempo haciendo casi lo mismo, pero con otra oficina, otra moneda, otros amigos.

—¡Ah, el mundo es un platillo servido cuando entras a un lugar como este!

—Aunque venga envenenado, mi amigo se murió cuando iba a Arequipa a ver el lugar donde nació el escritor. Se quedó dormido al volante. Dormía mal por su trabajo, creo.

—Pero tomó la oportunidad. ¡Ciento cincuenta países! Eso también pensé, señor, cuando empecé este viaje a las entrañas de este mundo maravilloso de las finanzas. Los números son un idioma más universal que cualquier lengua.

—Pero no les encuentro la retórica, no les hallo belleza.

—¿Viajar por medio mundo no es belleza?

—Tal vez la belleza nada más sea un sueño.

—No use esa palabra en vano. ¿Cuál es su sueño?

—No lo sé. Burócrata o vendedor, que es la única chamba que puedo conseguir no lo es. Quería comprar un carro y ya lo tengo. Ahora quiero una casa. Tal vez tan sólo para eso vine al mundo.

—Mentalidad, señor, mentalidad. Crecimiento. Usted no lo dice pero eso quiere aquí. No nos queda de otra ¿Qué hacemos si no buscar eso: llegar tan alto como sea posible?

—Casi cada amigo que conozco vive en una empresa grande. Los que no están ahí y trabajan en lugares más modestos o decidieron poner su negocio tienen una existencia terrenal que no me gustaría llamar mundana. Si he de confesarle algo a usted, le diré la verdad: empecé a llenar la solicitud por pura envidia. Que fulano es jefe de tal y tal en esa empresa; que si zutano recibe un bono por este y otro concepto cada trimestre, y más y más. Todos son nobleza en sus castillos de cristal, ¿y yo? O empeño la juventud ahora o maldigo la vejez después.

—No es envidia lo que lo mueve, señor, es ambición.

Sorbí un trago de agua y lo vi reclinarse y asumir de

nuevo su postura inescrutable ya sin mirarme «Te ascendían, bebé, eso soñé. Ganabas más, te daban un bonote y me regalabas un diamante.» Me sentía expuesto, pero me excitó el ego pensarme como un ambicioso y no un envidioso. Escuché música de fondo y pensé en la muñeca de mostrador y sus labios de cereza que eran un sabor que se me escurría lento por las manos, por la piel «¿A qué sabrán?» El cuerpo se me relajó un poco en ese silencio prolongado hasta el punto de olvidar el claqueteo del reloj y escuchar sólo la música.

—No duerma, señor, no duerma, que el mundo se le escapa.

—Disculpe, tuve una noche fatal, ¿ya le dije no? Cuando conciliaba un poco el sueño, tenía pesadillas, visiones horribles, veía la entrevista, pero no escuchaba nada. ¿Ha tenido sueños que sabe que son sueños, pero no puede escapar? Yo estaba frente al entrevistador, pero él no tenía cara, tenía manos, dedos gruesos, traje de un negro más allá de toda realidad y yo en pijama y recostado. Me hacía preguntas y yo buscaba convencerme de que soñaba y aquello no era real, pero también sentía que si no contestaba me iban a botar, entonces lanzaba verborrea a mansalva y de cuando en cuando cabeceaba. No sé, fue perturbador.

—Hermosa voz. Le contaré una historia breve que me dejó en la mente esa misma palabra: Cada tanto o cuanto tiempo alguien viola la seguridad. Siempre hay una mente malévola que busca tomar más de lo que le corresponde —«No codiciarás las cosas ajenas»—, entonces ocurre que alguien genera especulación en la bolsa, se roba claves, clona discos duros enteros, sustituye bonos al portador por recortes de Mafalda y desaparece en Sudamérica o en Asia, paraísos más corruptos que éste, y aunque no tarda en caer preso, porque siempre caen presos, hace

daño al buen nombre de la empresa. ¿Sabe usted lo que son los «escoltas»?

—Claro, seguridad financiera e industrial, se estudia aún en la universidad menos prestigiosa. Son guardias de seguridad, pero van más allá. Uno sale a un bar con un amigo del trabajo o conoce demasiado fácil a una mujer en un lugar con música para bailar. Los escoltas pueden ser o el amigo o la mujer o algún observador casual que busca averiguar cuánto puede o no puede soportar el empleado sin desembuchar precisamente esa información que debe quedarse callada. Paranoia, digo yo; seguridad, dice usted. Quizás no debería decirlo, pero mi amigo tenía un trabajo similar. Insisto, la empresa era más pequeña, entonces, sus atribuciones menos orwellianas.

—¡Ejem! Pues alguien encontró el modo de evadirlos, a los escoltas. Cuando las jornadas se vuelven largas hay galerones en el subterráneo con dormitorios. Hay también catres y cobijas para tomar una siesta y luego continuar trabajando. Los escoltas están en todos lados y toman parte en los rondines de seguridad paseándose por el edificio y verificando que no haya gente escondida en los baños.

—Sí, mi amigo, el que murió en Perú, decía que les hacían exámenes periódicos de distensión anal para verificar que no era recurrente la introducción de objetos susceptibles al contrabando de información.

—Precisamente. Un rumor llegó a mí sobre estos temas: un escolta se quedó dormido en su turno de vigilancia nocturna, ¿se imagina? Ahora no recuerdo si fue una serie de festejos o una larga decepción de amores, pero algo lo había mantenido al borde de la vigilia y tenía todos los síntomas del mal sueño. ¡Qué le digo a usted si es la viva estampa de un mal dormir! Buen empleado como era soñó con su trabajo, así que cuando cayó dormido sentado en un retrete, en su

sueño caminó por los pasillos y siguió buscando irregularidades. ¡Lo que vio! Vio a gente corriendo por los pasillos, vio a analistas de información en ropas de semidioses deambular portando truenos, destruyendo el edificio, vio orgías fenomenales y escuchó pláticas indiscretas. Allí estaba Lupita la de Costos con un par de senos de silicón que hablaban solos y tenían cada cual un nombre árabe. Raúl, de Jurídico, recitaba toscos poemas surrealistas hablando imágenes en lugar de palabras, mientras los personajes que mencionaba se iban formando alrededor de él en una audiencia fantástica que intercambiaba glifos tomándolos unos de las bocas de los otros como si fueran paletas de caramelos. Diego, un *broker* calvo, lucía una melena sansónica y estaba dividido en dos, hablando consigo mismo sobre su último encuentro de ajedrez. Había mil rostros conocidos que saltaban de una fantasía a otra, se reían, se hacían el amor, desvariaban... Algo los interrumpió, fue como el silencio cayéndoles encima, como el olor de un gas impúdico en un elevador: todos lo notaron y tomaron la mirada hacia el intruso. Desvanecimiento total.

—¿Qué hiciste entonces?

—¡Perspicaz! Me desperté. Si le cuento esto es porque no lo creí real entonces, pero muchas noches más busqué una explicación y, sobre todo, repetir la experiencia. Las caras de aquel sueño ya de vuelta al mundo real se me cruzaban en los pasillos y los «...ojos se hacían señales sutiles, se buscaban unos a otros, se topaban en complicidad»

—Yo buscaba desenmascararlos porque esa complicidad y las imágenes del sueño tenían que ser parte de la misma conspiración secreta. Olía la conjura, pero no tenía otra evidencia que sus rostros en perfecto cuadro sintomático del mal dormir.

—¿Les quedaron sólo los sueños para reunirse sin escoltas?

—¡Claro! Y ¿qué iban a hacer sino urdir un atraco o, peor aún, formar su propio sindicato?

Las persianas se agitaban ligeramente y detrás de ellas, por la ventana, no se veía paisaje, solo un largo espejo reflejándome infinitamente, sin el tipo «Desabotóname la blusa, yo te libero de toda tensión, papá.»

—Noches y noches me quedé en el edificio, apretaba los ojos y dormía aún sin necesitarlo, concentrado en vigilar, pero en estas noches sólo vi personas que sacaban de las pantallas los mismos números que habían visto antes de dormir, los malabareaban y los multiplicaban para repetir hasta el infinito su proceso laboral. Algunos se trataban de convencer de que dormían y aquello no era real, pero no cesaban en sus intentos por terminar lo que habían empezado allá, horas atrás. Ellos me ignoraron. Y con la presión llegó el insomnio, las vigiliadas prolongadas. Me reconocía en los rostros ojerosos de los criminales, hablando solo, cumpliendo apenas el trabajo. Entonces caí sobre el teclado a la mitad de un reporte, y cuando levanté la cabeza me encontré de frente con Dieguito ataviado de Sansón y lo cogí por los cabellos. Él dio la voz de alarma. ¡La vigilia! Ahí estaba la clave. Me envenenaba con café para llegar a la vigilia, soñaba despierto con dormir y a ratos descuidaba el trabajo imaginándome que los pescaba uno por uno y me ascendían por aquello, ¡mejor aún: me creaban un departamento especial! Entre cubículos y sobre pasillos los buscaba, se enviaban señales de susto entre parpadeos somnolientos y eran los últimos en caer dormidos en las jornadas nocturnas, pues por accidente, igual que yo, descubrieron que luego de un estado de vigilia prolongada en pos de un ideal es cuando los sueños son más poderosos. Un día me introduje de nuevo en esas reuniones clandestinas y los enfrenté. Cuarenta despidos, incluyendo el mío. Irónico como una fábula de Oriente. Perturbador, ¿no lo cree?

«Despierta, ya estás en el trabajo.»

—...

—Entiendo, señor, que no responda. Le conté todo esto porque usted es un buen tipo y no me gustaría que una cabeceada le costara el puesto aquí o en otro lugar. La seguridad ha sido reforzada, en un sueño mal dirigido está el germen del mal. Se lo dije, con los números no hay espacio para riesgos, ¿o se imagina el mundo si el número dos se rehusara a ser par o si el cero quisiera robarle el valor al uno? El caos, o peor.

Me recorrí hacia el otro lado, incómodo más allá de lo describable. Me llevé la lata de Coca Cola a la boca sin mirar al tipo y aguanté el eructo. Tras la puerta presentía la blusa guinda desabotonándose y la prefería al traje negro y a la conversación inverosímil. El saquito colgado en el respaldo de la silla y el sostén ya algo visible, la sensación dulce y carnosa de los senos en mis manos de dedos fríos, nerviosos, apretando la suavidad cónica de una mujer que no perdía los anteojos ni el rojo del labial aunque me besara con profundidad; una erección descomunal, sus piernas abrazadas, su sexo afelpado contrayéndose en la fricción contra mi herramienta de labranza genital. «¿Qué putos sueños? ¿Qué pinche germen? Primero la Iglesia, luego el Partido, ahora tú.» Hurgué hasta el fondo y busqué mis génesis malévolas. Recordaba cuando había soñado que entraba en una taberna cargando un cadáver desnudo o cuando había arrancado de un mordisco los dedos de un amigo vuelto una estatua de amaranto y jarabe natural. Sueños carnales, sueños violentos, sueños con una casa grande en el mar. Él me observaba y sonreía, interesado.

—Un ex escolta nunca va a encontrar trabajo aquí—le dije rabioso.

—Un escolta nunca está completamente desempleado —me respondió, acomodándose tras su escritorio ya sin rostro y con los dedos gruesos.

Me bebí la Coca Cola con ron de un solo trago y me retiré en silencio del lugar por la puerta que daba a la sala de espera, donde un tipo de traje negro que tenía cara de pókar esperaba a que una fulana enfundada a huevo en un traje sastre hiciera un movimiento delator. Les vi las nubes de diálogos vacías a ambos y casi tomo el bolígrafo de su bolsillo para escribirles «No me veas» a ella y «Ya te vi» a él. Seguí hasta la puerta que daba a recepción y cuando pasé frente a los asientos montados en el riel, una sonrisa carmín, cómplice, me aclaró el panorama y observó los pantalones a cuadros de mis pijamas.

«Usted tiene un correo nuevo.»

De: inc.op@constr-domain.com

Enviado: lunes 7 de abril 04:15:17

Para: tigger_psd@msn.com

Estimado señor:

Seguridad lo aprueba.

Acudir para entrevista presencial y resultados de exámenes según datos adjuntos.

Miguel Olguín.

Incidencias Operativas.

« *Ils sont temps durs pour les rêveurs* »¹

Mathus toca una guitarra gibson

Era octubre y Carla estaba sentada en la mesa de siempre del único café que visitaba con Cacho. Yo me asomé por la ventana del carro y le dije a Liz que, si lo intentaba demasiado, aún podía ver a mi amigo justo ahí, tomando un café conmigo. El mesero le cambió el cenicero a Carla y, por mi conocimiento de los vicios que sí tenía y los que no, sentí el aguijón de la traición clavarse en mí al suponer que estaba con alguien. Le mandé un mensaje por el celular y le dije que la había visto al pasar. Ella contestó «Luego te invito uno» y otro aguijón más ponzoñoso aún me fastidió la tarde preguntándome si había alguna connotación o no, pues los dedos de Liz envolviendo mi mano sobre la palanca de velocidades me hacían sentir tan atractivo, que me parecía impensable que no hubiera coquetería en aquel mensaje. «Seguramente vamos a hablar de él», dije en voz alta, pero no me di cuenta de eso ni del tiempo y las cosas que habían pasado entre el mensaje que recibí de Carla y mi arribo despistado al Café del Teatro hasta que Liz me preguntó «¿De quién?», divertida con mi cabello que intentaba volver a crecer hasta aquel largo desaliñado que había sido mi orgullo. Incluso después de que hablamos con Liz sobre lo tristes que son nuestros cumpleaños y lo incomprensible que resultaba para ambos la corbata, seguía pensando en Carla y me sentía aún más culpable por no pensar en Cacho.

Después de algunas caricias atropelladas en la salita verde de su departamento, Liz vibraba entera en sus la-

bios finalmente descubiertos por los míos aún incrédulos, y las yemas aferradas a las espaldas cada cual de su rival me regresaban a esa vieja idea del ser hermafrodita que los dioses, en su envidia, dividieron escopeteándoles centellas condenando a la humanidad a la soledad de buscar a nuestra otra mitad siempre y nunca poder hallarla, como perros corriendo a la orilla de un arroyo, persiguiendo con frenetismo su propio reflejo en el agua y viéndolo desaparecer al tratar de tocarlo. La cabeza volvió al mismo tema de mi amigo ausente y de su mujer irrealizada bebiendo sola e invitándome a unírmele interrumpiendo mi ardorosa inspiración. Sólo se me desdibujaron los recuerdos de ellos dos cuando el jadeo de Liz me interrumpió «Espera, es muy pronto.» Entonces nos quedamos en silencio y le tomé una foto, tratando de robarle el alma por los ojos y por la boca. En el regreso a mi casa sólo pude conducir pensando en lo dulce que es el primer beso con una mujer y en cuanto duran las palabras después de dichas cuando se dicen en el momento exacto.

«Mano:

Espero que Mazatlán te trate bien, he querido llamarte, pero ya sabes, el trabajo, el proyecto, apenas tengo tiempo para escribir un correo o para llamar por teléfono. Los pocos ratos que me quedan libres los gasto con alguna chica especial que no tema un acostón esporádico o que simple y sencillamente haga delicias con su plática y me sacuda la oficina del cuerpo. A falta de aquellas, regreso a los orígenes y los amigos de siempre nunca fallan para hablar tras tazas de café o botellas de cerveza: Ana, Antonio, ya sabes. Por cierto que, hablando de cafés, me voy a tomar uno con Carla, creo que quiere que le cuente cosas de ti que tú no le cuentas a ella. Luego te paso los pormenores.

Bueno, me cuentas alguna historia de alto contenido sexual o alguna plática que me deslumbre en cuanto me contestes, ¿ok?

PD: Me contestaron de New York, hay posibilidades».

Me quedé intranquilo cuando el correo electrónico voló. Busqué alguna máscara en mi baúl de disfraces para cubrir la desnudez que sentía y encontré la palabra «filios», que me cubrió tan sólo una parte de la cara. Era el primer correo que le escribía en tres meses y, si le hubiera llamado, habría sido nuestra segunda conversación en el mismo tiempo. Trabajo, dinero, tiempo. Algo alejó a mi amigo y cómplice de mí. El resto del domingo me lo gasté en ver películas repetidas, descargar canciones de internet y recordar los días sin disfraces en que Cacho y yo tomábamos cafés y nos reíamos haciendo planes para que Carla se enamorara, escribiéndole cartas y reinventando los modos de entregar una flor. Como la memoria es un fluir incontenible, recordé también las artimañas menos elaboradas para que las americanas de las clases de intercambio bailaran *reggaeton* borrachas de lujuria latina y de nosotros, sin importarnos minucias como el desempleo o el pelo largo. Trazamos planes para un futuro poco ortodoxo a los que cada quien seguía apegándose a pesar de las distancias y los tiempos y, lo peor, de la imposibilidad de repetir los cafés, las noches de bares, los salones de baile pletóricos de cabelleras rubias y ojos azules que se habían cambiado por aulas de idiomas y oficina para mí y en supervisiones de obras turísticas en construcción para él. «Carajo, qué rápido se va un año». Entonces apagué la tele, pero no pude dormir.

Me desnudé de mis verdades y me puse todas las máscaras y ajuares del baúl en cuanto me até el nudo de la corbata el lunes en la mañana. Me desaté el nudo hasta el

jueves por la tarde y decidí usar playera, mezclilla y botas de trabajo. Subí las escaleras del café con *The Sun Also Rises* de Hemingway atenazado con la derecha y disparé una ojeada hacia la mesa. Detrás de un cigarro encendido, estaba ella, con el pelo echado hacia atrás, con los ojos verdes fijos al norte, donde un amigo mío se volvía un desconocido y una historia suya se escabullía a ratos de su mirada entre carreteras que corrían rectas como estelas de flecha a través de kilómetros de tierras planas que se volvían desierto, para unirse a miles de pasos de playas junto al mar. Fingimos agrado al encontrarnos. Ella pidió que le retiraran su café con leche y ordenó un té helado. Como gente adulta, hablamos de lo más impersonal que hay: el trabajo. El tema de Cacho no fue tocado, pero ambos recordábamos, yo lo sé.

Se conocieron en una fiesta de cumpleaños de Ana, mi cómplice más fiel. Cacho hablaba de fusionar la más alta tecnología con la arquitectura más dulce que se hubiera visto, y yo me obsesionaba con la idea de volverme traductor después de haber podido visitar los textos de Miller en la espalda desnuda de Eve, ambos en idioma original. Su aliento entregado que no podía más que balbucear español me obligaron a lamer poesía y pasión en una lengua que no era la mía, pero a la que podía hacer cantar aún mejor. Ella hablaba, yo traducía sus palabras en acciones. Carla escuchaba los sueños de Cacho y míos con incredulidad. Más tarde ella le desnudaba a Cacho su ambición más profunda, y la más modesta que jamás conocí, de tener una tienda de ropa y de regalos para poder ver la tele o tomar café sin descuidar la chamba. Ambiciosos como Midas, nos burlamos de su sueño esa misma noche, sentados afuera de la casa de Cacho compartiendo un cigarro.

Mientras yo rechazaba azúcar para mi café, ella sorbía el té helado. Ninguno de los dos nos acercamos demasiado a temas que pudieran hacer que el fantasma de Cacho, agazapado tras cada historia, saltara a matarnos del susto. Bien acostumbrados como estábamos a los juegos de discreción que habíamos forjado, navegamos sin tropiezos entre las aguas previamente cartografiadas de sus ires y venires con las velas orientadas a los vientos de la sutileza que soplaban hacia los recuerdos. De pronto otra vez estaba con Cacho, pero sin él. Ahí estaban los planes, las flores, los encuentros que nunca eran casuales. Las siguientes fiestas, los cafés en que ellos se sonreían lejos de la conversación de los demás. Ana me contaba una parte de la historia y yo sabía la otra por Cacho. Nos divertíamos bailando una mascarada de cuatro partes, las cuatro caras del ángel tirando de los cuatro cabos del nudo que cada uno apretaba de alguna forma.

Agotamos la conversación con cierta velocidad. Jugamos a adivinarnos la mirada y recordé que ella me tenía cierto desprecio. Creí saber por qué, sin embargo, nunca lo mencionamos: las cartas y los correos que Carla recibió, las tarjetas que venían en los regalos, habían sido escritos a dos manos por Cacho y yo. Los cuatro lo sabíamos, pero nadie lo mencionaba pues habría resultado engorroso sortear mis colaboraciones sin caer en alguna confrontación abierta acerca del asesoramiento recibido por mi amigo, que se basaba en convertir sus palabras llanas y enamoradas en retruécanos retóricos. Ella jugaba igual conmigo esa tarde. Bastaba con que dijera que ya nadie la llamaba al celular para que yo supiera que extrañaba las llamadas nocturnas de Cacho. Si ella decía que le frustró nunca aprender a bailar, yo sabía que recordaba los salones de salsa y la sensualidad encapsulada que se vivía en el *reggaeton* que las americanas descubrieron, pero ella perfeccionó fingiendo no notarlo.

Cuando nos dijimos adiós en el estacionamiento del único café que ellos habían visitado juntos, pensé que todo había salido bien. Sobre cuánto de uno mismo dejamos en una persona que queremos y qué tan profunda es la huella de alguien más en uno mismo, no pensé, pero eso era lo que sentía. Quise comprender que ella necesitaba de esa misma sutileza y complicidad para recordarlo, pero unos ojos caninos y falsos me hicieron detenerme cuando sentí su mirada. No supe que había sido él hasta un instante después. La voz de Cacho desprovista de cualquier entonación cuando hablaba por teléfono desde que había partido y los textos de sus correos que se caían a pedazos sin contar nada interesante, nada nuevo, me parecieron al instante imposturas no preparadas por él, sino accidentales, porque algo de él aún rondaba aquí. Carla abrió la bolsa para buscar las llaves de su carro y los ojos plásticos de dulzura perruna de Mathus me observaron sin pestañear en el breve espacio en que ella metió la mano y la sacó, tintineando. Ella lo notó y erró en el juego de las sutilezas cuando se quedó callada y se marchó, nerviosa.

Marqué el celular de Ana en el descanso del almuerzo. Ana contestó con voz de oficinista, y al contarle el episodio del café, ella no entendió la sorpresa.

—Mathus —le dije—Trae a Mathus en la bolsa.

Su respuesta fue sencilla.

—Mathus está a gusto con ella, desde aquella vez que Carla viajó a Vancouver y lo abandonó en este país inconforme cambiaron uno con el otro. ¿Te acuerdas de que Mathus estaba molesto? Pues entendió las cosas y ahora ya está bien.

—Es que no me entiendes. Mathus está aquí y Cacho está allá. Eso no se puede, al menos no por tanto tiempo —me callé un momento—. A mí nadie me dijo.

—Nadie tenía por qué decirte nada. Mejor invítame un café y hablamos de eso.

Empezando por Ana, utilicé a los amigos comunes para hablar sobre Cacho y para ver a Carla movido en parte por la curiosidad morbosa del chisme y en parte por lo lejos que estaba Cacho de mí, entonces casi inaccesible. Apenas tenía tiempo para Liz, que tocaba desnuda una guitarra Gibson después de cada encuentro, y que no entendía un carajo cuando Ana y Antonio respondían mis preguntas rápido en español alrededor de una mesa llena de cervezas esperando que Carla se tardara haciendo cola para entrar al baño, mientras yo buscaba la razón de que mi amigo no estuviera ya conmigo, de que nuestro juego de cuatro partes se hubiera acabado con su partida, culpa de Carla, en parte «Hablan sobre la mujer que se levantó ¿no es cierto?», me preguntaba Liz y yo contestaba cualquier vaguedad y la besaba esperando que no volviera a interrumpir.

Ana y Antonio me dieron la razón acerca de la vacuidad del alma de Cacho; del surfista aficionado que tomó esa foto de sí mismo arrodillado en la arena con el mar enfrente tratando de detener el sol del atardecer en la posición de súplica que recordaba al bíblico Josué, cada vez quedaba menos. Cuando el tema se tocaba y Carla estaba con nosotros, ella se callaba y daba sorbos largos al té o a la cerveza porque no tomaba café con nosotros, ese privilegio estaba reservado. Tan pronto como la conversación se acercaba a cualquiera de los dos, Cacho o Mathus, ella perdía los ojos y buscaba siempre el norte, se aferraba a su bolsa de mano y entonces yo sospechaba de su contenido. A veces, mientras hablábamos, la veía acariciar la bolsa y humedecer los labios. Otras veces, tocaba la bolsa como si el teléfono hubiera vibrado, pero no sonaba nunca, era algo más lo que se movía.

Mathus se recostaba en la cama de Cacho, nos veía jugar X Box o fumar en el jardín. Mathus se perdía entre los brazos de una americana de intercambio una vez cada tres o cuatro meses y Cacho se regodeaba al ver a su mascota de felpa deslizarse por las níveas pieles que el dueño luego recorría. Rentábamos películas y Mathus descansaba en el abdomen plano, incapaz de envejecer, de Cacho, mientras yo trataba de no reírme, las primeras veces, de un hombre de veinte años con un diminuto perro de peluche sobre sí. «¿De dónde sacaste ese perro?», le pregunté alguna vez. «Se le olvidó a un americana hace años. Fue la primera mujer que besé», me contestó y fue la única vez que hablamos de eso porque Mathus dejó de ser un objeto olvidado en el momento mismo en que la mujer cuyo nombre no interesa se marchó para convertirse en un fetiche cándido que igual se pasaba horas frente al televisor o deseaba tener párpados para cerrarlos cuando Cacho encerraba a una mujer en su habitación. Cuando los años pasaron y Cacho aún vivía en la ciudad, yo llegaba temprano a su casa para fraguar los viernes, y si Cacho salía a hablar por teléfono, me quedaba con Mathus hablando de mujeres y de libros. Era un excelente escucha.

Aquella vez que Cacho se enamoró de Jenny y ella viajó a Ixtapa, Mathus la acompañó en calidad de guardián y amigo en una aventura que duró un fin de semana entero en las playas de Guerrero. Jenny mandaba mensajes desde la costa y nosotros gritábamos canciones de Café Tacuba junto a la banda del bar favorito. Horas más tarde, mientras *Wish you were here* de Pink Floyd, la primera canción que aprendí a tocar, me regalaba un cuerpo mulato y embravecido por el ron, Cacho perdía la mirada al sur en donde se le había escapado una belleza exótica, mitad chicana y mitad irlandesa.

Cuando llegó el siguiente fin de semana y pasé a su casa, Cacho aún sostenía a Mathus, entre arrepentido y molesto. «Pobrecito, esa pendeja lo descuidó todo el fin de semana. Se la pasó de parranda y en el mar y ni siquiera le prendía la tele cuando salía del cuarto.» El evento me pareció de un patetismo sin precedentes. Cualquiera con dos dedos de frente hubiera dejado la televisión encendida.

Quise hablar de todo esto que recordaba con Ana, pero ella parecía no entenderme ya. «Están bien, los tres están bien» y yo no entendía cómo podían estar bien si Cacho dejaba de trabajar a las nueve de la noche y empezaba el día a las siete y media de la mañana, si Carla era un fantasma que sólo sabía sujetar su bolsa y yo no podía avanzar en mis muestras para la beca usando la *Lolita* de Nabokov sin tropezarme con un artilugio lingüístico que me impedía continuar y me obligaba a volver a los discursos, a los oficios y a los memos. Incapaz de traducir literatura, lejos ya de las palabras de un enamorado que yo sabía interpretar, abandonaba momentáneamente la solicitud de mi beca y convertía mentiras vulgares en alimento para los archivos de la jerarquía de medio pelo de mi ciudad. Los burócratas me elogiaban y yo me asqueaba. En vez de desnudar a la literatura en una lengua nueva, vestía con lentejuelas a las repetidas gesticulaciones en mi propio idioma.

A inicios de noviembre, volvió Cacho. No le avisó a nadie. Miento. No me avisó a mí. Sin Cacho, visitamos el cementerio de Tzintzuntzan y vimos a las guares de rodillas como han estado por siglos envueltas en los destellos amarillos del cempasúchil y el aroma inmortal de las veladoras de dos pesos. Recordé a Cacho mirando con nostalgia a Jenny, un año atrás, mientras contribuíamos al murmullo preguntándonos si valía la pena que él se aventurara a pasar la noche con ella si se había demostrado incapaz de

cuidar a Mathus. La memoria se me fue entre el tropel de turistas al sentir la mano de Ana sobre la mía y, a la salud del recuerdo evocado antes, le volví a preguntar por Mathus, pero ella sólo me contestó que dejara de joder y de tomar charanda porque quería cantar conmigo en cuanto volviéramos al campamento y encendiéramos una fogata, tocando la guitarra de Liz que era mucho mejor que la mía y que ahora pasaba casi tantos días en mi casa como noches pasaba yo con Liz.

Volví a experimentar con los sentimientos ajenos y en la Gibson toqué la canción que sonaba cuando Cacho y Carla se besaron por única ocasión. Sólo entonces Carla me miró, alejada de cualquier sutileza, y los ojos le temblaron.

—¿Sabes por qué no puedes traducir? —interrumpió— Porque hablas de ti cuando deberías hablar por los demás. Tu única gracia es la mentira, ¿por qué crees que las mujeres no te quieren cuando hablas español?

Callé y bebí hasta agotar el vaso.

—Dice que me quiere, pero que no se entiende ella misma —me había dicho Cacho justo antes de partir, tres meses atrás.

Estábamos junto al templo de San Francisco, el más viejo que hay. Los globeros se empezaban a ir a sus casas y las mamás correteaban a los niños para subirlos a los últimos camiones.

—Me lo devolvió— y Mathus se aguantaba las ganas de llorar dejándose estrujar por los dedos huesudos de Cacho, recostado otra vez en su abdomen.

—Y ¿qué hiciste?

—Me regresé temprano a mi casa y acabé de empacar. Me voy el domingo, así que mañana nos emborrachamos.

Ella estaba feliz con él y él estaba feliz con ella. Corrían por bares y bailaban tomados de las manos, caminaban

por el centro de la ciudad, se desvelaban hablando por teléfono y él fue el único hombre que la hizo llorar y reír al mismo tiempo. El día en que Cacho le presentó a Mathus, ella lo saludó por su nombre y dijo que era lindísimo, que Cacho hablaba mucho de él. Cuando se despidieron, ella dijo que había sido un gusto haberlo conocido y que esperaba verlo pronto. Ahí empezaron los viajes de Mathus de una casa a la otra. Unos días estaba con Cacho y otros con Carla. Si alguno de los dos salía de la ciudad, Mathus se iba o se quedaba con Carla, quien desde entonces empezó a fabricarse morrales más propios para cargar al perrito y playeras de mantilla con bordados que parecían autóctonos, pero que diseñaba ella durante los largos almuerzos de su trabajo. Pero el juego de hacerlo todo juntos menos ser una pareja formal con los «te quiero», las caricias y los problemas le colmó a Cacho poco a poco. «Mathus piensa mucho en ti», decía Cacho y entonces el perro se pasaba el fin de semana con ella», «Mathus no puede dejar de hablar de ti, ¿cómo le haces para hacerlo reír tanto?» decía Carla y Mathus volvía con su dueño original, siempre sintiéndose incompleto, parte de un hogar que no podía terminar de construirse. Alguna vez hablé con Mathus al respecto y él supo darme a entender, con su perruna simpleza, que ninguno de los dos mentía cuando hablaban de él. Seguro de no existir, Mathus disfrutaba de ser un portavoz, una de las puntas del triángulo del signo que el amor de Carla y Cacho era. Por Mathus supe que Carla tenía una foto de Cacho en la cartera y por él también supe que Cacho, que no reconocía las lágrimas en público, lloró no porque la sintiera lejos sino porque temía nunca poder acercarse más. Mathus podía hacer que una voz hablara a través de sí, impulsándola a hacerse entender, porque su intento surgía del silencio, la contemplación y la comprensión.

Subempleados pero sonrientes, empezamos a trazar un plan de cinco a diez años de duración para invitarnos a pasar veranos en nuestras respectivas residencias en el extranjero, Nueva York para mí, París para él. «No quiero usar corbata», le dije «No quiero vivir en mi trabajo», contestó. «Nada más me quedaría aquí si me quedara con ella.» Pero no se quedó. El último domingo de julio se marchó, pero de algún modo, Mathus se quedó con ella.

Medio borracho y dormido como estaba, no noté que me levantaban el cobertor. Todo a mi alrededor era oscuridad y verdor cubierto por rocío que anunciaba el invierno y la cercanía del lago de Pátzcuaro que se despedía del Día de los Muertos que sólo existe durante una noche. Estrellas por todos lados y los ojos «carlunos» a los que Mathus debería de haberles ladrado desde el inicio, pero que decidí acoger como lugar de reposo.

—Mathus quiere decirte adiós.

—No jodas, pues ¿a dónde va? —susurré, temiendo que Liz se despertara.

—A dormir. Hablamos toda la noche y está cansadísimo.

—Yo también y además no logro descifrar si aún estoy borracho o ya me está llegando la cruda—. Carla tomó su carro y se fue sin esperar a nadie.

En el camino de regreso, Ana me dijo que Cacho estaba en la ciudad, así que fui derecho a su casa. Pensaba que Carla lo habría secuestrado en un arranque amoroso sin precedentes desde la guerra de Troya, pero no. Ahí estaba él, metiendo a Mathus en su maleta recién hecha. Lo abracé, feliz de tenerlo de vuelta, pero él sólo se despidió. «Nunca entenderás a esa mujer, a ninguna. No nos vamos a entender tú y yo, no hay entendimiento para nadie. Tú lo dijiste hace años: no historias, hay versiones. Me voy, pero esta vez Mathus sí se viene conmigo.» Tomó un camión

a Guadalajara y ahí compró un Grand Marquis usado. Se fue conduciendo sin parar desde Zapopan hasta que se le acabó Sonora. «Tengo trabajo en playa Rosarito, luego te mando un correo», me mintió antes de irse.

Hasta la fecha no he vuelto a hablar con él ni con Carla. Me quedó Liz por algunas semanas más, pero se regresó a Kentucky dejando atrás a su guitarra. «Promise me you'll take her to me, if you're ever in the States», me dijo con la voz resquebrajada y yo no pude contestar. Le devolví el libro de Hemingway diciéndole que no me había gustado «La historia de amor no termina en nada.» «Termina en la soledad ¿a dónde más te lleva el amor?» Desde ese día, su guitarra empezó a llorar melodías que me goteaban desde las manos y que se agarraban de palabras que sólo podía juntar en inglés. Cuando la despedí en la calle donde había vivido los últimos tres meses, la vi marcharse tan distinta de cómo la conocí, tan mía, que estaba seguro de que no iba a encontrar nada cuando volviera a su casa, porque aquí estaba yo, pero el tiempo se encargó de darle la razón a la costumbre y nuestros correos, primero apasionados, se hicieron cenizas de memorias encendidas de las que no quedó nada que nos volviera a servir de yesca.

Cacho se me extravió entre los correos que nunca contestó. Cambió su celular y no lo notificó a nadie que me quisiera notificar a mí. Mi beca estaba casi resuelta y no encontré respuesta alguna de aquél con quien fragué la aventura por primera vez. Me quedé indispuesto hasta que llegó la fiesta de Año Nuevo. Esa Noche Vieja, Ana me explicó que Cacho sólo había hablado, hablado de verdad, con Carla desde agosto hasta noviembre, pero que desde noviembre no hablaba con nadie. Traté de que me contara sobre Carla, pero las burbujas y los globos nos bañaron entre música de fiesta y del vodka más caro del que yo podía pagar. El resto

de la noche fue bailar, y aunque estaba desmemoriado por la bebida, tengo un vago recuerdo de haberla besado, feliz. Cuando Antonio estacionó el carro en frente de mi casa al terminar la fiesta, la voz de Ana me detuvo. «Revisa tu celular.» Cuando desperté, emponzoñado por la jaqueca y con el sol en los ojos, vi un mensaje en mi teléfono «Mathus sigue aquí, pero lo sabemos ella, tú y yo.»

Traté de contactar a Cacho desde ese día con más insistencia que nunca, intuyendo la estafa de su mujer cuyas modestas aspiraciones la habían convertido en hábil artesana, hasta que Cacho me bloqueó de su cuenta de correos antes de que le escribiera mis sospechas sobre su Mathus. «Mathus sigue aquí, ¿con qué se quedó Cacho?», pensaba.

—La primera vez, Mathus convenció a Cacho de dejarlo aquí. Antonio nunca fue muy claro en esto, tuve que emborracharlo hasta la médula para que me confesara que fue él quien se lo entregó a Carla el día que pasó a recoger el X Box para enviarlo por paquetería a Mazatlán. Cuando Carla lo recibió, no se veía muy sorprendida, dijo, y Mathus, bueno, ya lo conoces, se quedó callado.

—Nadie me dijo —le insistí a Ana de nuevo, sentados en la mesa nueva de un café desconocido—. Más que Antonio, debí de haberlo entregado yo, en todo caso.

—Como estaban las cosas, ¿te hubieras quedado callado al entregarlo a Carla? ¿No le hubieras preguntado mil cosas a Mathus?

—¿Dónde está Carla ahora? —interrumpí, incomodado por la verdad.

—Voló —me contestó y luego se quedó callada, aún lesionada por la resaca que le había costado la tarea de hacer las indagaciones que había cumplido por encargo mío.

Carla trabajó en una oficina de gobierno desde que yo la conocí. Mujer de pocas palabras y secretos motivos, había

ahorrado hasta que tuvo suficiente para iniciar su negocio en San Diego. Ropa y regalos. Bajo pretexto de enviar algunas cosas indispensables a Carla, Ana y yo entramos en su habitación vacía, casi contra la voluntad de su mamá, y hurgamos en cada caja que dejó atrás. En múltiples sesiones de café y cerveza, repasamos fotos y textos que robamos, extrajimos confesiones, nos abrazamos, y nos armamos un rompecabezas demasiado fácil. Tal vez Carla había notado mi cara de mascota abandonada con los ojos plásticos y perrunos llenos de tristeza cuando se fue del campamento y me dejó más que suficiente para llenar los pocos huecos que quedaban. Su rastro de migajas nos hacía voz de los demás y nos ponía a hablar de nosotros.

Las fotos de Carla eran, sobre todo, fotos de ella y Mathus. Ahí estaban los dos leyendo en un café o recostados en la cama viendo películas repetidas, ella con él adormilado sobre el vientre femenino que lo acogía. Había fotos de ternura envidiable en que la complicidad de Mathus y Carla estaba muy lejos del mórbido espectáculo de una mujer besando un muñeco de peluche. Había honestidad y había amor puro y sincero. La inflexión que la voz de Cacho había perdido desde su partida se equilibraba con los textos que tenían la voz de Mathus escritos con palabras llanas que yo mismo no hubiera podido poner en labios de mi amigo. Nada se perdió, todo estaba ahí, intacto pero dividido. Por las fotos y los textos comprendí todo lo que Cacho dejó en ese perro y todo lo que Carla le robó cuando se lo quedó. La primera vez, Mathus quiso quedarse con Carla, quizás urdiendo su propio plan para reunirlos; la segunda, Carla no lo dejó ir y envió un falso Mathus con Cacho, quien no se enteró de la estafa o fingió no hacerlo para dejarse desvanecer en la lejanía mientras el Mathus verdadero se quedaba allí, con ella. Al final, Mathus fue el punto axial en donde cada cual,

consumido por atrapar a su propio unicornio, recordaba al otro. Tiempo, finanzas y logística. Sainz tenía razón cuando hablaba así del amor y ellos parecían tenerse paciencia.

Con el paso de las semanas de enero, mi único contacto con aquellos tres fue Ana, por lo menos a través de recuerdos o de rumores comentados a la ligera. Mientras ella cantaba con su voz indefiniblemente áspera, yo tocaba la guitarra hurtada. En las pausas que hacíamos para abrir una botella de vino blanco o para escribir torpes letras con melodías sencillas, me contaba de la tienda de Carla, no muy lejos de la frontera, de los negocios de construcción que traían a Cacho de Tijuana a Rosarito. Fieles a los juegos de la mascarada, los dos obviamos la cercanía geográfica de San Diego y de Tijuana y le dábamos la espalda a aquella historia que ya no nos pertenecía forjando quimeras musicales que sólo ella lograba domar con su voz.

La historia de Cacho, Carla y Mathus me sugiere ahora más respuestas que preguntas. El paso del tiempo y mi propio viaje me obligan a escuchar más y preguntar menos. Antes de partir, nunca pude hablar de ella con nadie que no fuera Ana. Lentamente se me fue disolviendo y la dejé por la paz, convencido de que no la iba a comprender nunca y la enterré profundo en mi memoria cuando un correo electrónico me notificó que había una beca con mi nombre escrito para vivir seis meses en Nueva York.

Se armó una parranda infinita en donde dejé otro beso en los labios de Ana y la guitarra de Liz en su carro. Al otro día viajé dormido al aeropuerto Benito Juárez e hice todo el proceso de registro con una cruda mortal que me duró hasta que el avión tocó el suelo. Cuando llegué a mi cuartucho, que me anunciaron como apartamento, de Manhattan, resentí haber traído mi guitarra en lugar de la Gibson, pero no le di importancia al incidente hasta que Antonio me llamó

en marzo para felicitarme por mi cumpleaños. Le contesté cualquier vaguedad y volví a trabajar en mis apuntes para mi monografía. Me levantaba a las seis y me dormía a las once, siempre con una melodía nueva en la cabeza y con las entregas de la bibliografía que había tomado de la biblioteca indefectiblemente retrasadas. En algunos tiempos libres, visitaba bares con bandas en vivo y entonces trataba de anotar mentalmente los acordes o los ligados, y le enviaba correos a Ana en donde le explicaba las nuevas formas en que su voz podría vibrar si tan sólo estuviera yo cerca de ella. Mi vieja guitarra se tocaba sólo lo necesario y la mayor parte de mi evolución estaba en quimeras mentales indomables. Las habilidades de la traducción avanzaban también a pasos agigantados, pero no me sorprendían tanto como la música, un descubrimiento aún fresco en mi mente que se maravillaba como sólo la inocencia del neófito lo puede permitir.

La burocracia me obligó a volver a México en verano. En el aeropuerto, antes de tomar el avión de regreso a casa para hacer el papeleo que renovarí mi visa y estar en condiciones de tomar otro semestre, un par de *backpackers* cantaban *Wish you were here* en los asientos de la sala de espera de la puerta donde esperaba el abordaje. La voz de la chica sonó peculiarmente áspera en línea de «we're just two lost souls swimming on a fish pool» y entonces entendí cuánto quería volver a tocar esa guitarra, aunque esa guitarra se escondiera de mí. Recordé que llevaba meses sin cantar, pero que tenía todos los sonidos de esas quimeras listos para ser domados por otra voz que no fuera la mía, entendí que no podía regresar a Nueva York si no era con esa guitarra en mi hombro, entendí que mi guitarra se tocaba poco, pero que junto a ella se cantaba mucho. Escuché el ladrido afelpado de Mathus, la voz revitalizada de Cacho, vi los diseños de perritos de peluche que vendía Carla en

su tienda. Las centellas de los dioses fueron poco certeras con algunos de nosotros y dejaron trozos intermedios entre los dos seres nuevos, trozos que hay que hallar antes del reencuentro. Por eso entendí la rabia de Carla, por eso supe de la nostalgia que sentía Liz por su guitarra, por eso creí en el amor de lejos y en los cuatro contentos, pero me desilusioné tanto de él cuando me descubrí en el asiento 34 K volando hacia mi ciudad sin haberle avisado a nadie que volvía y pretendiendo hacerlo con tanta brevedad como me fuera posible. Vi mi reflejo en la ventanilla del avión y en sus ojos vi esta historia, las centellas que nosotros mismos nos escopeteamos para desperdigarnos por el mundo en una búsqueda del tesoro en la que el filios y el eros están enterrados en corazones de carne, felpa o madera. Como un perro, perseguí frenético mi reflejo que me contó este un cuento por varias horas de vuelo hasta que aterricé y noté que ya no estaba allí, pero ya para entonces sabía que siempre podía volvérmelo a encontrar y perseguirlo en el cauce de un arroyo, en la ventanilla de un autobús, en los ojos plásticos de un perro de felpa o en la resonancia de la voz en la caja de una guitarra.

Porque son muchos

El primer indicio, quizás fueron sus ojos de ultratumba observándolo todo desde el dintel de la puerta que advierte «Pierde toda esperanza». Su llegada también fue anormal, pero de ningún modo macabra. Mezclilla y botas, gorro y chamarra. Inocuo. Después hubo cal y canto alrededor de mí, aullidos exasperantes y mi vida que se escapaba en una exhalación fuerte del plexo, desde ahí de donde se anida la risa y se identifica el conato del amor. Exhumada de mis tripas en forma de ánima, mi vida se fugaba y me así de su cauda fantasmal como de una línea de espeleólogo para escapar y no he vuelto aún.

En enero dos me llamó el licenciado Ordóñez. No me encontró, por suerte, pero me dejó recado para asistir a la lectura del testamento de Má Rosario en su oficina. «Once menos cuarto», anotó textual mi secretaria en un post-it manila, y yo arrugué la cara pensando que el imbécil leía traducciones al español peninsular de novelas en inglés, porque de otro modo no me explicaba quién diablos dice «once menos cuarto», sin haber vivido fuera del país jamás. Los tétricos santos óleos, el velorio y el entierro antes de Navidad me habían dejado agotado. Toda la prole de mis consanguíneos y agregados cayó como chaparrón en la funeraria y se coló escurriéndose hasta los últimos lugares de salas y parroquia de la funeraria con habilidad hídrica. En observancia a *contrario sensu* de lo que indicaban las formas, mi parentela completa se tomó turnos para estrechar

la mano seca de Ordóñez, que esperaba sentado a los carroñeros junto al baño de hombres, buscando un adelanto del testamento. Todos menos yo, que había entablado una reyerta callejera a trompadas con el abogado precisamente en la lectura del testamento de Pá Jesús debido a acontecimientos poco gratos muy propios de las triquiñuelas de los leguleyos. La palabra, *ennui*, por todo eso, me vino a la mente frente a la cara beatíficamente momificada de Má Rosario, arrebatada de la tierra al morir mientras dormía, «la muerte de los justos», y entonces no se me ocurrió arrugar la cara ante mi propio uso snob de tal vocablo, *ennui*, en pensamientos de un pobre diablo que nunca ha vivido fuera del país. Lo recordé, por supuesto, cuando leí «once menos cuarto».

En tres cuartos de hora, en una oficina en el centro de la ciudad, se despacharon los pormenores del testamento. Ante la mirada enconada de mis tíos y primos, heredé la única posesión de valor de la abuela: la casa colonial frente al jardín de Villalongín. Ordóñez insistió en acompañarme al inmueble al día siguiente para dar formalidad a la entrega y así nos encontramos, inexpresivos en la acera de la avenida con la casa a nuestras espaldas.

Por dentro, la casa que heredé en el último capricho de mi abuela era de una arquitectura indescifrable. Incluso por fuera, la fachada estaba recortada, pues el inmueble original se había dividido, a mi ver, en dos ocasiones, haciendo que lo que llamábamos «la casa» no tuviera una identidad arquitectónica individual, sino que estaba inmersa en la armonía, ahora dificultosa o irrumpida, que se adivinaba en la construcción de la cual se desprendía de forma imaginaria. «Dignamente Colonial», dijo Ordóñez, manos en la cintura, cuando nos paramos frente a la puerta de madera de nogal, pesadísima, y contemplamos el edificio con deseo barrién-

dolo desde las baldosas en cantera rosa hasta los desagües del segundo piso perdiendo un poco los límites de lo que ahora me pertenecía al verlos mezclados con la tienda de vinos y abarrotes de Don Luis, el español exiliado, y con los Pollos Gourmet de la familia Sánchez que anidaban en su propia segunda planta un negocio de indescriptible giro que no se podía definir ni como bar, ni como café, ni como billar o sala de internet con libros para hojear.

Tras tocar la aldaba por pura superstición, moví la puerta soltando un «¡Puff!». Me encontré con una cochera diminuta y a la izquierda con una escalera de peldaños verdes que no había recorrido desde que era un niño obeso que jadeaba ante el menor esfuerzo. Tras la cochera estaba el medio patio colonial, truncado sin el menor cuidado, con sus arcos de columnas esbeltas enmascaradas con la ligereza del musgo en ciertas áreas y un jardín descuidado transpirando olor a matas. El reflejo de rascarme me vino ante la visión de todo aquel verdor en donde había sido picado, mordido y arañado por artrópodos de raleas varias y hierbas de la peor calaña. Alrededor, en la herradura incompleta que se formaba partiendo de la cochera y terminando en el extremo opuesto del jardín al que me encontraba, estaba un comedor descomunal, una cocina inmensa, una biblioteca que no tenía libros sólo estantes, dos cuartos para criadas y dos baños y medio. En el segundo piso aún había ese pasillo largo que corría entre las recámaras que daban a la avenida y las que daban al medio patio, mis favoritas. Accedí a él por la escalera e imaginé la cochera bajo mis pies. Caminé entre paredes carcomidas de yeso o cal para topar con una puerta empotrada en un muro de tabiques sin detalles que daban al resto de las habitaciones, dispuestas en la L que quedaba de la herradura, y que me regresaron a la sensación infantil de que estaba en un castillo

con calabozos en cualquier lugar. La sensación caótica de algunos muros, de las habitaciones más recientes, de los servicios y aún de los propios enchufes de la luz evocaban el desparpajo organizativo de mi Má Rosario y su carácter pleno de decisiones arbitrarias, matriarcales. «Francamente desmadrada», pensé, cabeza mirando al suelo, cuando salimos a la calle y me prendí un cigarro sobre la acera mirando la amplia avenida que terminaba justo frente a mí en una fuente que dormía.

Ante la tentativa de Ordóñez de comprarme la casona y muebles con todos los ahorros de su vida, saltó de júbilo en mi pecho la oportunidad de los negocios. «Si así la quiere, destartalada y añosa, ¿cuánto valdrá remodelada?» Ordóñez despotricó ante mis intenciones porque el comentario se me escapó en el duermevela que me había quedado tras la vista de mi casa de visitas preferida de la infancia. El patrimonio familiar, decía, debe quedar intacto. Él, sanguijuela de la familia por décadas, era el destinatario más indicado para preservar la antigüedad. Fino conocedor de la ciudad, de eso alardeaba, sabría «cómo enderezar sin alterar, cómo embellecer sin desmerecer», frases sueltas, contrahechas como la casa de mi Má. «Ni madres, me la quedo yo hasta que la arregle».

Un fin de semana me bastó para acarrear mis pertenencias desde mi departamentito del cuarto piso hasta la casa en el centro histórico. Muebles viejos que parecían compartir la edad de la casona me rodearon desde lejos la primera noche, como semillas arrojadas por manos campesinas inexpertas en un campo que llevaba casi dos siglos envejeciendo y una cincuentena de años en posesión de la familia. Acostumbrado a los días con mobiliario de Office Depot, que me arrinconaban sin dejar espacios infuncionales, ocupé un solo cuarto de la casa y me instalé en

la habitación en donde, sabía, habían dormido todos los hermanos de mi madre y luego habíamos invadido los nietos. No quise saltar a la habitación principal por temor a las amenazas que la abuela nos hacía cuando éramos pequeños «Les voy a jalar las patas en la noche», decía, y pensé que tal vez, atolondrada por los viajes de ultratumba, confundiría épocas y personajes y me tomaría por alguno de sus cuatro hijos que dormía donde siempre y no me jalaría las patas, evitándose la pena de arruinarle el sueño a uno de sus propios vástagos.

Dejé correr dos noches largas y heladas. Me iba a la cama envuelto por el frío de las canteras fluyendo libre en mi nueva habitación hacia el techo alto, muy alto, con su esqueleto de vigas veteadas por la humedad y jaspeadas con los hoyos de las termitas. Me acordaba, no sin repulsión, de los cuentos de ciempiés gigantes que anidaban tras las vigas y que caían como culebras sobre las almohadas. Alacranes, cucarachas, ratones entre las paredes. Me parecía estar rodeado de todo por las noches. Sobre todo, me parecía ser observado desde los muros por la Má, esa mirada tierna que contaba la peor de las historias de aparecidos mientras sus nietos hacíamos pijamadas en esa misma alcoba y luego nos retaba a correr a la cocina por un vaso de agua, descalzos y asustados. Sentía que el fantasma, mi madre misma, me miraba junto a ella o que me vigilaban las proyecciones astrales de los sueños de mis tíos desperdigados en una diáspora de provincianos hacia urbes diversas en precisamente cuatro estados del país. Todos mis primos y mis juguetes de madera. Todos mis años felices.

Ordóñez no tomó mi llamada. Le dejé recado pidiéndole que me recomendara a un restaurador que cobrara barato o a un maestro albañil que tuviera referencias deslumbrantes. Al colgar, me sonreí pensando que Ordóñez

haría cálculos tan pronto recibiera el mensaje, si acaso no escuchaba la conversación por el teléfono de su oficina, y llegaría a la conclusión de que la posibilidad de la compra de la casa había escapado para siempre de sus manos, a diferencia de los fincas cercanas al aeropuerto que el abuelo permitió que le arrebatara del lecho de muerte y que el abogado sabía que valdrían oro al volverse lotes para viviendas. Pensé que aún quedaba cortesía en Ordóñez, a pesar de nuestra historia, cuando un hombre mayor, quizás cincuenta aunque escondía la edad en su cobriza piel curtida y su postura recta resistente a ventarrones, llegó a mi puerta con los últimos reflejos crepusculares del ocaso disolviendo la catedral en el juego de sombras del anochecer. En tres frases me arrojó los precios, los tiempos, las dificultades con ayuntamiento y sus diferentes comités de preservación del patrimonio. Como sus palabras no haraganeaban ni se caían al piso buscando lamer mis zapatos, me sentí confiado. El atuendo era engañoso, se vislumbraba sencillez en la chamarra, pero la plática era directa sin llegar jamás a la rudeza y ahí se entreveraba conocimiento y experiencia. «Vuelvo luego, usted decide», y salió de la casa sin que tuviera que mostrarle la salida, antes tuve que apresurarme un poco para alcanzar sus pasos flotantes hasta la puerta de nogal que jaló para abrir sin dar muestras de esfuerzos ni señas de necesitar ayuda.

Un resane acá. Se ocupa cantera de la región, nada de traer de otro lugar. Unas vigas nuevas. Las primeras peticiones eran justas, razonables. Uno de mis tíos era arquitecto, pero no le dije nada. Era mi gusto secreto rejuvenecer la casa y mostrarla espléndida a mis familiares antes de venderla pero, aún así, recordaba sus advertencias «No sueltes dinero, compra tú las cosas, te van a chingar si les das manga ancha.» Por las mañanas, entre el alba y el aurora, una cua-

drilla llamaba a la puerta y se arrojaban sobre las plantas, las paredes y los pisos. Desde el día uno entraron a trabajar sin esperar indicaciones o permisos. Sólo llevaban los requerimientos de materiales del maestro en su memoria. Entonces antes de salir hacia el trabajo, echaba llave a todas las puertas de la casa, y usaba cada momento libre para comprar lo que hacía falta y llevarlo a casa en la cajuela. Día a día, los requerimientos se fueron haciendo mayores y el ruido en la casa era insoportable. No podía contar cuántos peones traía el maestro albañil consigo, pero sí podía decir que todos habían sido educados por su mano. Aunque él solo se aparecía al despedirse el día y con éste la jornada y los peones, lo veía presente en todos ellos, como un titiritero con mando a distancia que dirigía cada paso. Yo caminaba de una habitación a otra saltando varillas, cimbras, empastes frescos, cerneadores, picos y palas, tropezando a cada momento, pero todos los trabajadores, una legión, se movían sin tropezar ni amainar el paso, ni sudar. Tampoco miraban a los ojos y se afanaban, con guantes de faena o manos angulosas cubiertas de cal, en sus labores secretas para mí. «Artesanos», pensé, mientras veía la casa mutando frente a mí. Pero el gusto duró poco. Las obras llevaban casi un mes cuando los peones me dijeron que un inspector del ayuntamiento se paseaba preguntando por mí o por quien estuviera cargo. Ante la amenaza de la multa, consulté con el maestro, que me escuchaba mientras se prendía un cigarro Delicado con un cerillo diminuto, que me hizo creer que la flama le salía de la punta de los dedos. Me miró y bajé los ojos. «Hay que empezar a trabajar de noche, o por lo menos a velar, porque no tardan en caer como marabunta», me dijo.

Entonces me desvelé como hacía años que no ocurría. Los trabajos iniciaban en la tarde y duraban hasta la noche. Cuando la cuadrilla partía, un velador se apostaba en su

puesto de vigía en el jardín y yo encontraba de lo más extraño que prefiriera encender un fuego dentro de un bote de mezcla y calentar tortillas en una tapa de cubeta de pintura en vez de recogerse en la casa. Temía por mis pocas pertenencias más que por mi seguridad, así que para perseguir el sueño y hacer acto de presencia me sentaba en la biblioteca de estantes vacíos y sombras fantasmales a leer los libros que mi Má me había regalado y me iba a dormir ya entrada la noche, apagando todas las luces a mi paso. Quise hacer planes para noches posteriores y poner mi propio toque a la remodelación educándome con los peones en alguna de sus artes, pero una falla en los servicios de la casa me fastidió toda intención de realizar jornadas nocturnas.

Una noche, mientras leía un cuento de Allan Poe, la luz escapó con un chasquido. Solo y en penumbra, temí ser comido vivo por las alimañas de la casa y le llamé al velador, pero no obtuve respuesta. Después de algunos segundos sin otro ruido que el de mi corazón delator que se aceleraba presintiendo la impronta del miedo, los ruidos de cincel, de martillos, choques casuales de madera de tablones y metales de herramientas, me llegaron desde lo lejos con la nitidez del eco de un sonido persistente en la memoria. Sacudí la cabeza convenciéndome de imaginar o recordar y calculé que pasaba de medianoche mientras avanzaba hacia el jardín inundado de herramientas de labor. Ahí estaba el velador, observando la danza del fuego absorto en un espectáculo tan hipnotizante y tétrico como el de un cadáver fresco. Brazos y piernas diminutas parecían distinguirse entre las llamas y escuché un quejido antiguo entre su crepitar. El velador levantó los ojos e intuí que las llamas eran las que lo observaban a él, que las llamas no eran hipnóticas sino que estaban dominadas por sus ojos porque las llamas también debían sentirse petrificadas ante sus cuencas más

oscuras que el petróleo y su gesto espectral de miles de arrugas imposibles, como de cuero secado al sol, que me miró sin vida dejándome un rictus mortal de espanto.

«Buenas», me saludó al levantarse. «Se fue la luz, es normal.» Era el maestro el que me hablaba, el restaurador de las palabras precisas ya sin trazos de su facha anterior, ya humanizado. Sin dar respuesta, quise caminar veloz hasta mi habitación, pero tenía que aminorar el paso al no reconocer un solo espacio de la casa restaurada majestuosamente embellecida por las luces de la noche. Los sonidos de labores me seguían llegando y sombras de peones se cruzaban de un lado a otro del marco de las puertas; yo aceleraba el paso y buscaba al dueño de la silueta, pero no encontraba sino espacios desconocidos y vacíos en los que creía ver figuras oscuras fundirse con las paredes, dejándoles una sombra nueva. Los sonidos cesaban tan pronto me acercaba a su origen y reaparecían tras de mí acompañados de quejidos o de risas. Deambulando como un ebrio llegué hasta mi recámara y me encerré, trazando una señal de la cruz con las cenizas de un cigarro que fumé entero en dos bocanadas temblorosas. Traté de dormir, pero los ruidos de los trabajadores que no encontraba me impidieron tener cualquier forma de reposo. Me mantuve en vela y con la ropa puesta hasta que el viento helado cargado con el aroma del alba me dijo que había pasado la terrible noche, y fue hasta entonces que huí como un ladrón de mi propia casa. El frío mañanero me pescó en el jardín y en la claridad del nuevo día oí trinos y automóviles, pero también escuché cómo el bote, que fuera la fogata, crepitaba con brasas que silbaban con sonidos de sollozos. No lo quise voltear a ver.

Discutí con Ordóñez ese mismo día. Le acusaba por teléfono de haberme mandado un restaurador sin escrúpulos que me quería asaltar dormido. Le menté la madre gritán-

dole que sus técnicas para amedrentar no me iban a partir el ánimo y él no contestó, se mantuvo ajeno a su boca parlanchina y a sus modos de negociador. «Yo no te mandé a nadie, a esa casa la gente llega sola. Acuérdate de los santos óleos de tu abuela.»

Vivían con Má Rosario dos sirvientas. Chelo la encontró sin vida, pero aún caliente y avisó a María. Las dos sirvientas esparcieron la noticia por la calle cuando corrieron a buscar un cura algo antes de las seis de la mañana, pero hasta los más devotos duermen a esa hora así que sólo pudieron dejar recado en las sacristías. En el trajín, debieron dejar la puerta abierta porque cuando volvieron a la casa, un hombre arrodillado junto a Má Rosario gritaba con gran furia fórmulas en latín al oído del cadáver. «El alma aún no rompe su nexa con el cuerpo. Sólo así se le pueden abrir las puertas del Reino», explicó a las sirvientas, pálidas del susto que sólo se tranquilizaron cuando vieron que bajo el abrigo negro llevaba los distintivos de un hombre de la Iglesia. «No la cremen», amenazó antes de partir y así se hizo. Ordóñez guardó silencio dejándome recordar. «Véndela como esté, pero a mí no», me dijo y luego me colgó.

Salí de bares desde la tarde y bebí café como un poseo. Brincaba de una barra a otra temeroso de cruzar los ojos con cualquiera, perseguido por la mirada de petróleo, y ya de noche me bebía un trago tras otro sin sentir efecto alguno. Compré dos cajetillas esa noche y las fumé completas. Imposibilitado como estaba de volver a casa, gasté el resto de la noche en un tugurio, con una bailarina calentándome el regazo, sólo eso, platicándome su vida y desgracias mientras yo la escuchaba escondido tras mis ojeras azules. Como el lugar cerró, volví a la casa con la ciudad aún oscura, aunque ya presintiendo que esa negrura profunda del cielo era el último doblez del manto nocturno que no tardaría en

recogerse. Empujé la puerta y me encontré con un silencio reconfortante y sin el velador presente. Sonreí mientras subía los peldaños, pero cuando iba a abrir la puerta de mi habitación, con el rabillo del ojo descubrí una mano que sostenía una vela con una flama opaca que caminaba tras de mí revelando sólo los contornos negros de la mano y la muñeca descarnadas sin mostrarme a aquél que la sostenía, flotando en la absoluta oscuridad que precede al alba. Inmóvil con mi puño sudando sobre la manilla, evité mirar la aparición y entré a la recámara para hacerme ovillo poseído por mi sobrecogedor miedo infantil que me arrancaba pucheros recargado sobre la puerta.

Con la primera luz del amanecer tocando la ventana, dormí y soñé a la abuela, mi dulce Má Rosario. «¿Por qué a mí?», le pregunté con la voz trémula del niño que la escuchaba contar historias de aparecidos y de colgados, de buscadores de tesoros de los Cristeros emparedados en los muros de las casas coloniales «Porque creí que me ponías atención cuando te contaba cuentos.» Me acarició su mano vieja y volví a preguntar «El restaurador y sus chalanés ¿me van a matar?» «Mi hijito, como eres pendejo, no es un restaurador, se llama Legión, porque son muchos.» Había cal y canto alrededor de mí cuando me desperté, olía la mezcla fresca uniendo los ladrillos frente a mi cara, que no veía pero que sentía en las palmas de mis manos, adoloridas de golpear por horas sin que yo hubiera despertado aún con las ropas infestadas por las patas de los ciempiés y las colas duras de los ratones ya royéndome vivo. Ensoberdecido por los gritos que no reconocía como los míos, derrumbé mi prisión fresca y salté hasta la baranda que rodeaba por encima al jardín, otra vez de noche. La casona restaurada hasta la soberbia se alumbraba por cien manos sin cuerpos que sostenían sendas velas, y por todos lados ánimas en

vestidos de luto lloraban amargamente mientras se mecían al ritmo de los martilleos de esclavos indios que esculpían demonios sobre las columnas con las espaldas desgarradas por látigos que chasqueaban sin capataces. Al centro, esperpentos femeninos semidesnudos avivaban un fuego inmenso de aquelarre y danzaban voluptuosamente alrededor del restaurador que ya lanzaba garfios agudos con sus ojos hacia mi alma que yo jalaba de una punta, el cabo fino de la cuerda del papalote desgarrado en que se había convertido. Como en una pesadilla, las piernas se me licuaron, pero aún así corrí, corrí, corrí.

La fachada se ha ido desgajando con los años y recibí varias multas por parte del Ayuntamiento. Rematé la casa a la ciudad, pero, hasta donde sé, sigue deshabitada. Por demás está decir que he pasado más de una noche frente a ella, escuchando trajines de ultratumba a través de la puerta de nogal, pero siempre me negado a abrir la puerta con el duplicado de la llave que conservo todavía. Cremé el cuerpo de la abuela por puro capricho y conservo una reliquia traída desde Tierra Santa alrededor de mi cuello y con más y más naturalidad recibo el golpe helado del alba en mi nariz, y como un sortilegio hago señales de la cruz con ceniza en cada puerta y ventana de mi apartamento lejos del centro histórico. Ordóñez no ha vuelto a hablar conmigo, y mi familia asegura que he perdido la razón. La ciudad se baña en sol durante el día y hace historias de aparecidos en las noches. Como las cosas me pasaron, se las cuento.

Eritis sicut deus

Jorge, bandido pertinaz y obcecado justiciero, disimula el impacto de la bala con que Héctor Barrera, su autor, pretende matarlo a través del cañón que sostiene un juda crápula y sonriente de nombre Timo sin apellido, su acérrimo enemigo y perseguidor incansable desde el segundo tomo de la saga. Jorge, bandido atípico; una suerte de antihéroe forjado en el lugar común que busca el vino, la mujer y la fortuna pero encuentra siempre la desdicha y en el camino salva putas con principios, indigentes moralistas, filósofos de cantina, madres vapuleadas y padres borrachines que se quieren redimir.

Héctor, su creador, ha querido escribirlo iletrado pero sabio. Lo parió con una lágrima de tinta y no sabe que su propio conocimiento literario, limitado, hay que decirlo, ha goteado de su pluma hasta permear en su personaje dejándole en su alma de papel una suerte de intuición que Héctor no pretendía escribir, pero se le escapó en fórmulas repetitivas y gastadas. Se abrieron los ojos de Jorge en citas de textos creacionistas, inmiscuidas por pura diversión, en los labios de Fabio, poeta rival de amores, pareja de cópula frecuente con Lupita, la más bella flor de la colonia marginal.

Héctor escribe una bala y Jorge pretende morir, finge la entrega, pues ha descifrado que lo escrito conlleva falsedad. Una pasta suave se cierra oscureciendo el cielo de la ciudad y con las gotas de su vientre la-

grimeante, Jorge estilografea curvas bermellón sobre el azulejo del baño del metro. Me escribe a mí para seguir siendo narrado y no morir, muy a pesar del pobre Héctor que ya puso el punto, pero no final, y cerró el cuaderno, satisfecho, como Jorge que ya se levanta y me deja a mí goteando tinta.

Ga soluciona un problema de lenguaje

*Y cuando duermo si ti, contigo sueño
y con todas si duermes a mi lado.*

Joaquín Sabina

Abel, despertaste dudando de la estratagema, pero al fin dormiste de un tirón hasta la mañana. Anudó la corbata con cuidado aún antes de ponerse los pantalones. Traje negro, camisa blanca, corbata negra, fiesta y luto. Miró la moto al bajar por la escalara del departamento y pensó que habría que venderla enseguida, no era propia de la vida de casado. Pudo haber sido el cambio de horario, Puk el sátiro burión o Pepe Grillo que no era otro sino maese Collodi dentro de Pinocho, pero el reloj le patinó una hora. Llegó tarde al templo y ahí vio salir a su mujer deslumbrante en blanco, rodeada de la multitud entacuchada que la felicitaba. También lo felicitaban a él, recién casado, barbón y pelo en pecho. Él no es Abel. Abel recargó el hombro derecho en la fachada de la casa en contra esquina al templo y observó. Olió, sudó, tembló y vio a los mirones clavar los ojos en él, que ya lucía desfajado, sostenía un cigarro, una cerveza y tenía la corbata desurdida sobre el cuello manchado de la camisa blanca, despeinado.

Te atragantaste con las sílabas, Abel. Con el temblor de un niño buscaste todos los modos de embriagarte y empastillarte, pero no encontrarás en tus viajes a licorerías ni farmacias un solo producto que no incluya las letras de mujer

o las vocales de su nombre. Todo es ella, el mundo se enmascara de un solo rostro, dice ron con r final de mujer, dice anis con una vocal de ella y así se hallan también las letras y vocales en brandy, whisky, Bacardí, Wiborowa, barbitúrico. Todo está envenenado por principio que eres tú. Si la condenación vino por la mujer, por ella ha de venir la salvación. Falacia. Cuenta tú la historia y yo te la recompongo.

Abel, beldad bíblica, bello bambino bocón brincó de la cama, asustado por la presencia de un cuerpo junto a él. Vio a su lado a una mujer, pero no supo a quién vio, si a Carmelita o a su ex. Mujer, jerum, jurem, merju, ¿quién sería? ¿A qué te quedas, Abelardo? ¿A averiguar? En las sombras de la caverna nada más se mira la figura femenina, tan tenue es la luz de la hoguera. Revolvió las sombras y dio con los zapatos, el pantalón, la playera azul y la chamarra de piel. Cuando ella notó que el amante se le escapaba, de puntitas, hizo mmmm, esta vez molesta, no apasionada.

Abel, *bellissimo garçon* deja una nota tras de sí:

«Carmelita: Te he dicho que tu nombre es evocación floral y religiosa, que tu aroma es el de la santidad que acompaña al estigma y es ese aroma el que ahora mismo voy a extrañar, pero no podría quedarme contigo porque, aunque lo quisiera, te volvería triste a fuerza de rodearte de mí. Quisiera tener todo el tiempo del mundo para gastarlo caminando por tus curvas de tierra morena, pero debo dejarte ir. Es este quizás, el momento del que voy a arrepentirme siempre.»

¡Pero qué lugar común el tuyo! Común como el chipote de la campana de Gauss, falo de donde se maman los mercados. En las orillas de su cuerpo se le hacen cosquillas para descubrir zonas erógenas nuevas, mercados no advertidos, pero tarde que temprano hay que volver al centro, donde está la acción y darle y darle hasta que se derrame, eco-

nómicamente, y las pancitas complacidas de la gran cadena alimenticia sientan su calor de proveedor perenne. Tan sabio es el proveedor, que también provee a la mujer. Un solo comportamiento para todos los mercados, un dichoso cartabón para todas las mujeres. ¿Por eso no renunciaste?

Al terminar un análisis, Abel se pasea por el área de telefonistas, inacabable suministro de las cuasi vírgenes coránicas que se han prometido al que muere en guerra santa. Abel, benjamín amedrentado, planeas la huída antes de atacar. Acomodabas el cartabón y tirabas la línea de tu lápiz. Resultado: paralela, lo mismo pero a un lado, lugar común, mira nomás: Aprendí a ver en tus ojos. Abel agacha la mirada. Si me das una tarde, no te vuelvo a molestar. Abel toma una mano. Nunca cuento esto que te conté. Abel besa una boca. Esto puede terminar en el amor, Abel escribe adiós en una carta.

Abel, beligerante bellaco, despierta escuchando una voz. Es tan tenue la luz de la caverna que apenas ve un cuerpo de mujer al lado suyo. Mira copas para vino con agua hasta la mitad y velas apagadas flotando en su interior. Mira a esta mujer tan complacida y tal vez podría dormir con ella, pero ambos trabajan mañana. Que razón tenía el griego del Cratilo, una sola idea, la única en la caverna que hace sombra y amilana el fuego hasta las brasas. Lo hace recular, fracasa, fastidio, falacia, finir, fallar, fuck! Así de todos modos Ruth es una yegua caderona que imbuye fuego en la mirada más recatada, nombre hebraico, mujer que volvería tu carne su carne y su dios tu dios, pero el dios es incompatible por ser concepto personal, no susceptible a divisiones por su unicidad atómica, píldora religiosa en porción para uno.

Abel no llegó tarde a su boda. Las trastocaciones horarias fueron idea de Collodi, Ga, cuando raspó las virutas para desenterrar a su marioneta. Abel la sigue mirando desde la

contra esquina del templo. La vio desde que bajó del auto y una jauría de perros de guardia lo miraron a él. Abriste una cerveza, Abel, pero no te servirán tus palabras medidas ni tus modos elegantes. Traías tragos y cigarrillos, sólo eso puedes cargar. Con tus desvaríos lingüísticos extraviabas a tus interlocutores y seguías con la vista a la mujer, el origen de las sombras de la caverna. Déjala en paz te dijeron, te jalaban, te empujaban, Abel ya está solo otra vez.

«Ruth: Tan sólo con las reminiscencias hebraicas de tu nombre bastarías para yuxtaponerte a mi periplo de condena a soledad, pero es este angosto camino el que debo seguir sin compañía. Llevo tu sonrisa en mi memoria y tus imprecaciones justas vueltas faros de comportamiento. El tiempo te dará la razón en olvidarme y quizás a mí me haga volver la vista atrás para volverte a buscar y darme cuenta de que te perdí, a ti que pudiste ser el amor.»

La lengua se te ha ido, Abel. Arrebatado por el amor extraviado, Abel, te perdiste en experimentos. Buscó rostros indefinidos, los nombres tienen una cara, los desconocidos no, error fatal. En el nombre de cualquier amante se esconde su condición de mujer. Las mujeres del harem son sólo una, y aún las fantasías se acabarán veloces, incluso las que tuvo con tu hermana cuando se paseaba con su minifalda de mezclilla o negra, no recuerdo. Desgarra el cuello al ganso sólo o acompañado, pero llegará el momento de recombinar nombres, palabras, buscar fuera de las letras de mujer y las vocales de María. Los eslabones del ADN pueden separarse y volverse a tramar como imbricados tapetes de plumas precortesianos, así se podrán también recombinar las letras de un alfabeto de menos de diez letras que no le dejará leer más desde que lo dejaron para habitar a un país de coitos sobrios y de frente con amantes velludos que Danielle Steele creó para que ella se alejara de él, Abel, pero

Abel quiere ver la verdad, de verdad la quiere ver. Problema sólo de él, porque ella no hace analogías ni revuelve las enredaderas de los nombres en sus etimologías encabalgadas fornicantes ni ve en las toxinas de farmacias y licorerías a las letras formular conspiraciones como Abel, que se acuesta con una y sólo ve a la otra con el torso desnudo dormir junto a él. Se indigesta Abel, hace dos años lo abandonaron y hace meses sabe que María se casa hoy. Se indigesta porque ya la palabra mujer y el nombre no olvidado son una sola cosa, qué decir de los cuerpos que no importan colores, edades y texturas ya forman parte del misterio de su santísima trinidad de imagen, forma, palabra en un solo símbolo irrompible, otra unicidad atómica como el dios que es cegatón y torpe con las manos, que dicen que no juega a los dados, pero le mandó *full* de reinas a Abel, momentos antes de lanzarle el as del cubilete.

Han pasado dieciocho pares de piernas caminando sobre Babel, ya un coctel hipercargado de la lengua, cuando da con Ga, apócope de nombre cantonés, impronunciable, en un intento de trazar otra paralela. Se sentarán en un café, nada más dame una tarde, tengo todo el mes, si te interesa, y hallará sonidos nuevos, piel distinta, versos haikú que se envolvían en labiales Maybeline. Contemplación pura al otro lado del mundo. Siete días en el desierto, pero no en el de Gobi, sino en el de Ga que no presta manantiales, pero escurre lengua nueva. Abel abeja trabajadora, cuenta secretos, Ga no se chupa el dedo ni liba labios, pero sí cuenta los secretos propios petrificando en monolito de preguntas a Abel. «A vel dime pol qué quieles cogel.» Destrábate lengua, hábleme de usted. La inundación que provoca el rompimiento del núcleo tlaleolítico parece romper con las ataduras del observador de la caverna y surgen llamaradas tras de sí, danzan las sombras. A Ga no se la hacen

dos veces. Huyendo de un mal amor desde el Oriente, llegó al país queriendo emborracharse con tequila, ver Chichen Itzá y conseguirse un *latin lover*. Cuéntame tu historia Abel, y yo te la recompongo, dice ella, viajante aventurera que desde sus problemas trae soluciones y acabó por empier-narse al más triste caso conocido no sin antes analizarlo a profundidad y descubrirle el hilo negro. Sus ojos ausentes le hacen señales como un náufrago y de ella no surge la costa del espanto. Brüllen tratatács en la torre de Abel, hay acto y confesión. Ya tendido sobre la cama, no encuentra como huir de Ga porque no le halla etimología. La sacude un poco antes de volverse a dormir, por fin, otra vez junto a una mujer. Es que se va a casar mañana. Cásate tú primero, aparece como si fueras el novio. Ya que me sé tu historia, esa debe ser la solución.

MUJER. Las palabras no eran más que esa, mirada al techo. Tu campana de Gauss amamanta una palabra nueva. Estuviste en silencio tanto tiempo, contemplación nostálgi-ca pura, que repetiste la palabra hasta destruirla, hasta des-pojarla de toda significación, volverla insignificante. Jujerm ujerm jurem jerum murej meruj mrjeu, pero la palabra no era tdo lo que se cía a pdezaos snio tmabéin cno ella las curvas corvas, remansos, los esteros que anidan al sol, la hojarasca del bosque húmedo en dónde caminar descalzo. Cabriolando como niño eructando formas glíglicas mujer eran los cuerpos y los nombres, tu propia mano y una foto, carambola de nalga y seno, vituperio contra la forma gené-sica. Buscarás su noema hasta el fin de símbricas flaunimo-deas, recordarás jijís, jajás, ejem, ajás, jantiforejeando evoca-ciones. Igual que mañana fuiste siturpelado a su encuentro y ella te mirará sin recomponer lo que quebró, te encontra-rás ahí mismo superior a ti, feliz sin ella, repalabrearás aco-modas y enversarás marroquines. Miembro puesto al paio,

derivas de divas vivas en tu sangre, virulentas herencias de pasión. Casitocantes juntas de caminos, yuxtapuestas re-verberaciones de agluticaniones erotismos en persecución de unicornios se viedrán tronchadas y entendibles con las macadamias de las afroditas de las que saliste huyendo que no eran sino hiperretóricos textos de los enmiendos a huevo inconcordantes. Los reflejos de una sonrisa, los olvidos de una promesa, los recuerdos de la uninvited femme fatale, carissima mona, stultus fructis ventris sui, tú.

María arrugó hace años una hoja de papel y lloró sobre ella antes de entregármela, confiesa Abel a Ga aún en el café. «Te llamas como el inocente asesinado. Así siento que te mato yo, sin culpa. Tal vez el tiempo nos vuelva a unir, pero espero no ver este momento y saber que me equivoqué al dejarte a ti que me regalaste tus tardes y tus secretos.» Abel, después de un breve conato de linchamiento de los allegados del novio, observa frente al templo como termina la ceremonia dando un trago largo a una cerveza y una buena pitada a su cigarro. Ga, en la otra esquina, sobre la moto, lo observa a él. Sabe que para volver a encontrarle significado a una palabra después de repetirla hasta la incomprensión, sólo basta verla usada en el correcto contexto semántico. Ga está feliz habiendo solucionado el problema del otro, pero sigue sin dar con una solución al suyo que no es lingüístico, sino visual: no puede recordar un rostro, pero este difícil embrollo no puede ser solucionado en prosa. Hay una serie fotográfica al respecto (Abel soluciona un problema de retórica visual) «¿Listo, Abel?». Se sonríen. «Listo, mujer, te invito una cerveza.»

Coordinación editorial
Jorge Orendáin Caldera

Cuidado editorial
Elda Castelán Rueda

Diseño de interiores y portada
Sol Ortega Ruelas

Colisiones

Se terminó de imprimir en noviembre de 2008
en las oficinas de la Editorial Universitaria

Para su formación se utilizaron las tipografías Frutiger
y Avenir, diseñadas por Adrian Frutiger.

